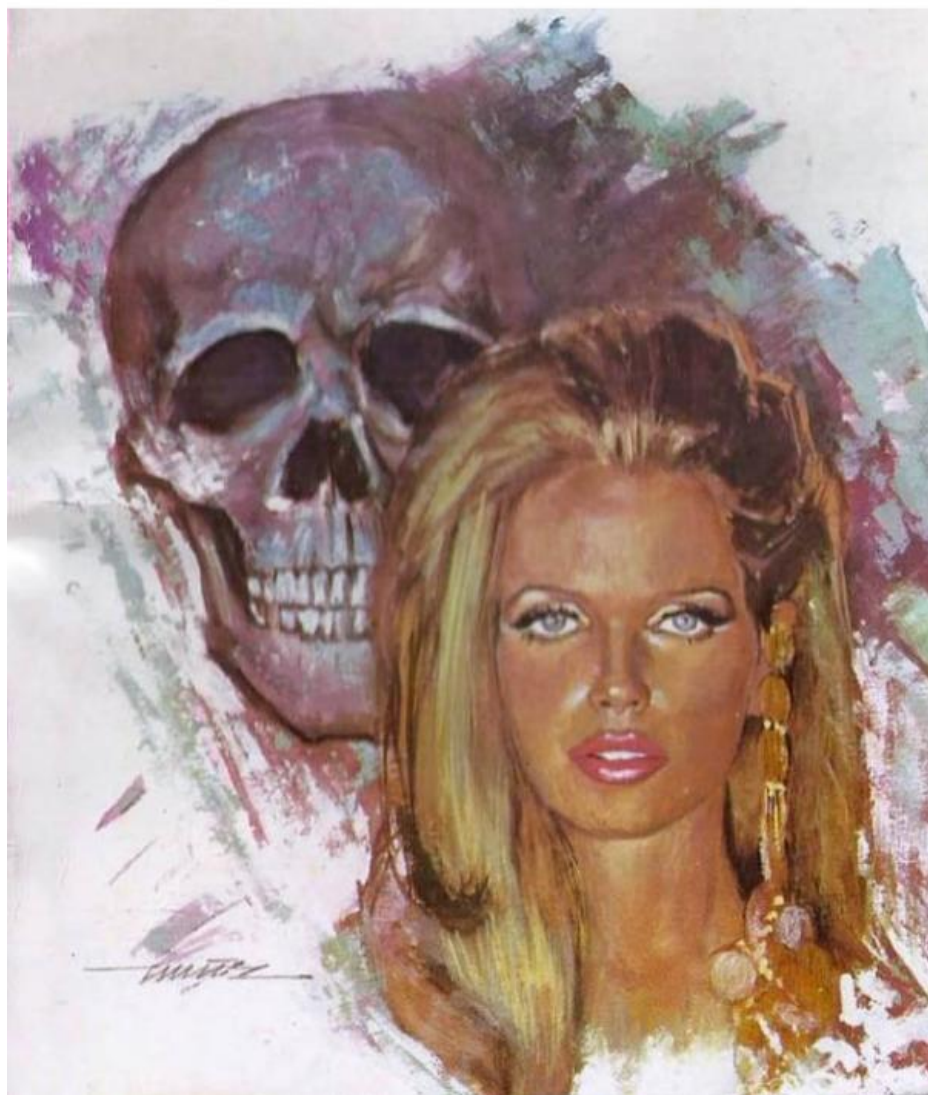




la muerte se llama Cynthia

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

KELLTOM McINTIRE

LA MUERTE SE LLAMA CYNTHIA

Colección PUNTO ROJO n.º 569

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 1.278 - 1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1973

© KELLTOM McINTIRE - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

UTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

566. — La máscara del diablo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.122. — Roja es la venganza.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988. — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

48. — Del temple de los héroes.

CAPITULO PRIMERO

Nunca podré olvidar a Cynthia.

Durante una corta pero intensa temporada representó para mí el paraíso.

Un paraíso repleto, también, de serpientes.

Por entonces yo era demasiado fogoso e impulsivo.

Cynthia también lo era... a flor de piel.

Su piel era como una flor de terciopelo, mitad nacarada, mitad canela. Muy bronceada por el sol, con una gracia felina en sus movimientos, con una llamada irresistible en sus ojos castaño-oscuro.

Cynthia, mi adorada Cynthia, ha muerto ya.

Murió de una forma horrible. Verla muerta significó un indescriptible trauma para mí.

Y la maté yo mismo.

Me llamo Mark McGill y no soy un asesino, sino un G-Man.

Yo amaba tiernamente a Cynthia, pero tuve que eliminarla.

Cuando recuerdo esto, un músculo suele temblar espasmódicamente en mi pómulo izquierdo.

Un sabor entre amargo y dulzón viene a mis labios y experimento una sensación de lejanía, de pesadilla.

Otra vez, antes de la definitiva, estuve a punto de matar a Cynthia.

¿Cuándo ocurrió aquello?

Ahora empiezo a recordarlo. Fue justamente la noche en que atrapamos a Giuliano Ambrosi.

Ambrosi era un tipo espectacular.

Muy guapo, moreno, atlético y escurridizo como una anguila.

Su nombre estaba el segundo en las listas que teníamos en la oficina.

«Giuliano Ambrosi, norteamericano, un metro setenta y ocho centímetros de talla, cabello negro, ojos negros, nariz regular, boca...»

Recuerdo también cómo solía reír Giuliano. Era una sonrisa que comenzaba con un despectivo fruncimiento de labios y terminaba en abierta y sonora carcajada.

Yo sabía muchas cosas de Giuliano. Tantas como su madre o más seguramente.

Durante treinta y ocho días estuve siguiendo su pista, de un estado a otro.

Al principio de su carrera delictiva, Giuliano había sido muy cauto.

Explotaba algunas máquinas tragaperras en Brooklyn, alguna lotería clandestina en Harlem, algunas muchacheas lindas en Little Italia...

Perdió su cautela el día que alguien le abrió los ojos y le demostró que todos sus negocios adolecían de una cochina mezquindad.

Le dijeron al oído que el chivateo, frecuentar las altas esferas, conocer a esposas de funcionarios del Estado y, en una palabra, dedicarse al espionaje, era mucho más lucrativo y cómodo.

Alguien que yo no conocía por entonces le regaló un coche de —¡Dios santo! —diez mil dólares. Y alquiló para él una *suite* en el uso veintidós del hotel Gayflower, en Central Park.

En tres meses, Ambrosi realizó algunos «trabajos» notables.

Robó, por ejemplo, documentos muy valiosos en la Embajada del Reino Unido. Logró introducirse en la sede de la ONU y hacerse con cierto microfilme muy importante para la seguridad de las Naciones Unidas.

Y por fin, una madrugada en Hoboken, asesinó a la esposa de un diplomático.

La mujer era muy atractiva y suelta de cascos y se sintió ganada por el ardor latino de Ambrosi. Pero cuando éste le exigió que robase determinados documentos a su esposo, ella se negó.

Y su negativa decretó su muerte.

Ambrosi lo hizo de forma expeditiva y brutal. La arrojó fuera del coche de un puñetazo y sujetándola contra la pared, la aplastó con el paragolpes del vehículo.

Ambrosi era un aprendiz de espía. Ignoraba que la policía puede leer donde otros ojos no ven nada de particular.

Partículas diminutas de plástico duro, de color rojo, quedaron entre el cabello de la infiel esposa del diplomático, junto con algunas partículas de barro amarillo que despidieron las ruedas del «Lamborghini» al arrancar, alejándose del lugar del crimen.

Las esquirlas de plástico fueron rápidamente identificadas en el laboratorio; correspondían al fanal de un piloto de un automóvil fabricado en Italia.

No hay tantos automóviles de fabricación italiana en Nueva York. Aun así, aquella misma noche supimos que un tipo sospechoso llamado Ambrosi poseía un magnífico «Lamborghini».

A las seis de la mañana, Glen D'Arcano, Francis Temple y yo mismo nos dirigíamos a Central Park.

Sabíamos que Ambrosi se alojaba en el Gayflower, un hotel caro, de lujo. Y por cierto, frecuentado por diplomáticos y personas sospechosas de practicar el lucrativo «deporte» del espionaje.

—Veamos primero el coche —dije yo, conduciendo hacia los garajes subterráneos del hotel.

Esa es mi parte fogosa y poco reflexiva. Cometí con ello un error tremendo.

Debí controlar, en primer lugar, a Ambrosi. Ya vigilado, bajar al aparcadero de las plantas infrabajas y comprobar ciertos detalles.

Había un empleado soñoliento, metido en una cabina. No hizo nada por salir a nuestro encuentro, por lo que los tres comenzamos a mirar los coches aparcados.

—¡Eh, ustedes! ¿Qué diablos se han creído que es esto? —gruñó el tipo, abandonando por fin su fanal.

No perdí el tiempo con él.

Me limité a meterle bajo la nariz mi credencial y a pedirle que nos indicase dónde estaba el «Lamborghini» de Giuliano Ambrosi.

Se mostró extraordinariamente amable. Y yo hubiera debido desconfiar. Pero no lo hice.

—Planta sub-dos, señores. Al fondo.

Nos acompañó un trecho. Hasta la escalera.

Y allí, mientras bajábamos, se retrasó y murmuró una disculpa.

—Creo que el teléfono está zumbando. Iré a atenderlo y volveré con ustedes. Pueden obrar libremente.

El «Lamborghini» estaba en la planta sub-dos.

Glen lo dijo:

—El fanal del piloto izquierdo está hecho añicos, Mark. Y además...

Rezongó algo, inclinado sobre los neumáticos y me mostró un pedacito de barro amarillento.

—Okay?

Asentí.

—Todo claro, todo diáfano. Voy a hacer una llamada a míster Alciom. No será fácil obtener una orden de detención a estas horas, pero...

El vigilante del aparcadero apareció entre las filas de automóviles.

—Ah... Veo que lo encontraron. ¿Necesitan algo más, señores?

Le miré.

Sus ojos rehuyeron a los míos.

—Quédate con este hombre, Francis. Si os digo la verdad, no me fío nada de él. Vigílale. Te avisaremos cuando todo esté, Okay —dije, mientras me dirigía arriba.

En la cabina había un teléfono. Lo utilicé durante treinta segundos para hablar con míster Alciom, mi jefe.

—Lo trataré —dijo—. Es posible que dentro de quince minutos pueda enviar a un hombre con la orden.

Respiré tranquilo.

Glen y yo alcanzamos el ascensor y pulsamos el botón del piso veintidós.

El encargado de planta nos dijo que la *suite* de Ambrosi era la M.

Sin embargo...

—Apenas hace dos minutos que abandonó el hotel. Dijo que debía tomar el avión de las siete, destino Londres —agregó el hombre cuando nos dirigíamos a la puerta marcada con la letra M.

Me quedé helado.

Maldije mentalmente al individuo que tenía ante mí, maldije a Ambrosi por su condenada rapidez.

Y dije:

—¿Sabe si recibió hace unos minutos una llamada telefónica?

Contestó que sí.

Registramos inútilmente la *suite*. Me mareó tanto lujo, tantas alfombras y tantas pieles de jirafa. Pensaba que muchos animalitos inofensivos habían pagado con su vida para evitar que tipos como Ambrosi se enfriasen los pies, me provocaba unas náuseas atroces.

—Vamos abajo, Glen. En el aparcadero hay alguien que va a comenzar a experimentar un ataque de hepatitis aguda.

El vigilante del aparcadero pestañeó, tembloroso cuando nos vio venir.

Sin mediar palabra, Temple le empujó hacia la cabina y le acogotó sobre una silla.

Confesó inmediatamente.

Inmediatamente después de golpearle en corto sobre el hígado.

Dios me perdone, pero en aquella situación no pude contenerme, porque el hombre comenzó negando.

Siempre he procurado dominar mis impulsos, pensando que mi credencial no es un pasaporte para cometer desmanes.

Pero el empalagoso y sucio adulator individuo me tentó.

Confesó rápidamente que Ambrosi le pagaba para tenerle sobre aviso en cualquier momento, confesó que le había telefoneado mientras inspeccionábamos el «Lamborghini».

Y confesó que una mujer muy bella había visitado varias veces a Ambrosi. Lo sabía porque ella había aparcado su coche, un «Mustang», en la zona de aparcamiento del hotel.

Lo llevamos a la oficina, mientras Glen radiaba un mensaje urgente a todos los coches patrulla, a las fronteras, a los aeropuertos, etc.

No muchas horas después comprobaríamos que Ambrosi no había salido de Estados Unidos y que su informe al encargado de planta del hotel Gayflower solo... había sido un inteligente engaño.

En cualquier caso, la fuga del espía obligó a muchos hombres de la ley a duplicar su jornada de trabajo y, en nuestro caso, a triplicarla.

Giuliano Ambrosi no fue habido, sin embargo.

Miles de detenciones, centenares de controles que entorpecían el tránsito, docenas y docenas de sospechosos pasados por el tamiz policíaco...

En el departamento de Ambrosi descubrimos pruebas suficientes de su participación en media docena de casos de espionaje.

Su culpabilidad estaba demostrada... Pero, ¿dónde estaba el hombre?

Aquel día estuve a punto de matar a mi adorada Cynthia.

Hacia las siete de la tarde regresaba —solo por un par de horas— a mi apartamento, con el fin de ducharme, comer algo y descansar. Para volver a comenzar pasado aquel plazo.

En mi ruta pasé por Central Park. Y en la zona más umbría, allá donde una farola fundida dejaba una gran mancha negra sobre el asfalto, surgió el accidente.

Cierto que yo iba apretando el acelerador para ganar tiempo al tiempo. Pero la mancha escarlata brotó de pronto sobre el asfalto, vaciló y se derrumbó a mis pies.

Maldije en voz contenida, pisé el freno a tope, contuve el volante...

Ni siquiera supe si la había atropellado.

Bajé.

La muchacha estaba en el suelo, boca abajo.

El cabello rubio, muy largo y sedoso, caía sobre el descote de la morena espalda.

Sus piernas estaban levemente dobladas, en delicado escorzo. Atrayentes.

Su rostro estaba apoyado sobre una mano y el bolso, rojo como el vestido, estaba abierto y vertido en parte su contenido.

Vi un paquete de cigarrillos, una pequeña medalla, una fotografía, unas monedas.

Pero lo principal era ella, Cynthia, mi bella y adorada Cynthia.

Su rostro tenía tal expresión de desvanecimiento que me estremeció.

Me incliné sobre ella y no vi manchas de sangre, aunque su rostro estaba pálido, muy pálido y exangüe.

Sin poder remediarlo, la tomé suavemente en mis brazos e inclinando mi cabeza la besé en los labios.

CAPITULO II

Me sentí cogido en falta cuando ella se revolvió levemente y abrió los ojos, maravillosos ojos dorados.

Leyendo esto, alguien se preguntará si estoy verdaderamente chalado o padezco amnesia. Dije al principio de mi relato que sus ojos eran castaños, es cierto. Pero...

Ella solo dijo:

—¡Oh...!

Pestañeé, me sentí mortalmente tímido e incapaz.

—Lo... lo siento —balbucí—. ¿Está herida?

—No... No creo —murmuró apartándose, ruborosa, de mí. A pesar de lo cual no dejé de sostenerla hasta que comprendí que estaba lo suficientemente lúcida para mantenerse en pie.

—Perdóneme —dije, más tranquilo—. Pero no hay mucha luz y usted...

—Si —admitió Cynthia con una leve sonrisa que me hechizó—. Fue mía la culpa. He trabajado demasiado hoy, olvidé almorzar y no tuve tiempo siquiera para tomar un bocadillo. Turner, ese pobre chico... Estaba verdaderamente desesperado hoy.

—Venga conmigo —ofrecí—. La llevaré a una clínica.

Tal vez ha sufrido alguna fractura. La reconocerán, la atenderán...

—Oh, no, gracias —murmuró con timidez—. No es necesario. Estoy bien, tranquilícese. Pero puede llevarme hasta casa. Se lo agradecería tanto...

La ayudé a subir a mi coche.

Ya rodando, la miré de perfil y comprendí que aquella muchacha había hecho mella en mí en pocos minutos.

—Enfermará si no se alimenta como es debido —dije, por hablar algo y romper el silencio, sin dejar de mirar su maravilloso busto.

—Ah, eso... Bien, le debo una explicación. Soy asistente social. Debo visitar dos veces por semana la prisión del estado, ¿sabe? Tengo a varios muchachos a mí cargo. Uno de ellos, Turner, muy joven, se encuentra atravesando una grave crisis. Su madre está enferma y tendrá que pasar

cinco años en prisión, ¿lo comprende, no es cierto?

Asentí.

Y la admiré aún más.

Si admiro a alguien es a esas personas que dedican su vida a visitar a los presos, a los ancianos, a los enfermos. A hacerles su desgracia más llevadera y humanizada.

Se lo dije. Y ella volvió a sonreír.

—Cogí el autobús de las doce y visité a Turner. Procuré darle ánimos. Y se me pasó el tiempo. Tres horas más se pasaron en un vuelo con el resto de mis otros muchachos. A las siete veinticinco tomé el autobús de regreso, sin tiempo para entrar en un *snack*. Bueno, estaba desfallecida y mareada cuando crucé la calzada. Vi venir su coche y me asusté. El miedo hizo el resto.

—Pude haberla matado —confesé, tragando saliva—. Su cuerpo quedó a solo treinta centímetros del paragolpes. Daré parte al seguro. Si hay que indemnizarla, se hará. Por cien aún no sé su nombre.

Cynthia Vernon, ese era su nombre. Me gustó.

—Yo soy Mark McGill, señorita Vernon. Y nunca podré perdonarme haber estado tan cerca de matarla. Bueno, realmente también yo me siento fatigado y necesito descansar, es cuanto puedo decir en mi descargo.

—Oh, no, por favor. Toda la culpa fue mía. Y olvídense de lo del seguro. Esté tranquilo, no he sufrido el menor daño...

Me contó una historia conmovedora.

Cynthia procedía de Oregón. Allí había quedado su madre, una viejecita simpática y paralítica, que no podía moverse de su sillón de ruedas.

—Es una persona encantadora, señor McGill. Estoy segura de que le gustaría conocerla. Mamá es una de esas personas a las que se ama desde el primer momento. Tan dulce, tan amable, tan serena...

Ella seguía hablando en un susurro.

Y yo la escuchaba extasiado.

Fue precisamente cuando estaba diciendo aquello de tan dulce, tan amable, tan serena..., cuando escuché aquel petardeo.

Distraído, pensé de forma lejana en el escape de una de esas ruidosas motocicletas japonesas por las que se chalan los muchachos.

Pero lo cierto es que jamás he visto mía motocicleta capaz de vomitar un buen chorro de balas calientes.

Cuando el cristal parabrisas saltó hecho pedazos, lo primero que hice fue agarrar a Cynthia por los hombros y arrojarla con fuerza contra el asiento.

Ella exhaló un grito de espanto, pero se quedó así, acurrucada como una niña, con la carita pegada a mis rodillas.

Por mi parte, torcí tan rápidamente el volante a la derecha, en mi ansia

por esquivar la segunda andanada, que los neumáticos de mi automóvil chirriaron sobre el *macadam* angustiosamente y el vehículo comenzó a girar espeluznantemente sobre sí mismo.

Luego, antes de que hubiera podido evitarlo, volcó aparatosamente, dando varias vueltas de campana inmovilizándose contra la verja del parque.

Afortunadamente, ni un solo momento dejé de apretar a la maravillosa Cynthia contra mí.

Maltrechos y contusos, respiramos hondo.

Por entonces yo ya tenía el «P-38» en la mano y trataba de abrir la arrugada portezuela de mí lado y avizorar el panorama.

Sólo pude ver los fanales rojizos de un gran automóvil que se perdía en la noche.

Forcejeé con la puerta y logré abrirla.

Renegué, maldije en voz baja y saqué a Cynthia de la trampa.

Sus dientecillos muy blancos castañeteaban y su rostro perfecto, de pómulos muy marcados, reflejaba el pánico.

—Serénese, por favor —susurré, comprobando que el peligro había pasado—. ¿Se encuentra bien?

Asintió, sin palabras.

—Está visto que no le doy suerte —comenté, mientras la empujaba suavemente hacia la acera—. En poco más de quince minutos ha estado dos veces en peligro de muerte.

—Esos... Esos disparos, ¿iban contra usted? —preguntó, asustada.

Sonreí.

—Lo dudo. Soy un hombre muy pacífico.

—¿Entonces...?

—Una equivocación, sin duda. Confundieron mi coche, es la única explicación.

Me miró con suspicacia, como analizándome.

—¿Cuál es su profesión, señor McGill? —preguntó de pronto.

Intenté tranquilizarla.

—Oh, no tiene que temer. No soy un *gángster*, si es eso lo que piensa. Me dedico a vender coches —mentí—. ¿Habrá profesión más vulgar?

Vi que se tranquilizaba.

Por suerte, a lo lejos distinguí la luz verde de un taxi de la Yellow y me acerqué al bordillo para hacerle señas de que se detuviera.

Poco después rodábamos a través de Nueva York, en dirección a Queens, donde vivía la fascinante Cynthia Vernon.

Su vivienda estaba situada en la zona más verde y apartada.

Lo justo; una casita sin grandes pretensiones, rodeada de un jardín pequeño y bien cuidado. Era el marco más propicio para una muchacha como Cynthia.

El taxi se detuvo. Ordené al conductor que esperase y acompañé a Cynthia hasta la puerta de su casa.

Entre —invitó con una sonrisa un tanto forzada—. La presentaré a Vanessa. Ambas vivimos aquí. Pagamos el alquiler a medias y somos grandes amigas. Es... Es una mujer muy atractiva.

Abrió la puerta con un pequeño llavín y entramos.

Los muebles estaban en desorden y había algunos libros tirados sobre el suelo.

En una mesita, una botella volcada, de *whisky*, y un vaso hecho añicos contra el suelo.

Instintivamente me llevé la mano a la funda pistolera.

Cynthia había palidecido.

Avancé dos pasos y vi una puerta entreabierta.

La empujé con precauciones y eché un vistazo al dormitorio.

Un par de muslos perfectos aparecieron ante mis ojos.

Luego pude contemplar el resto.

Un cuerpo de mujer, joven, perfecta, morena y... desnuda.

Cynthia, que había avanzado en pos de mí, lo vio también y lanzó un grito de temor.

—Es Vanessa —dijo con un soplo de voz.

Y agregó:

—Déjeme pasar, por favor. La atenderé. Vanessa ha debido sufrir uno de sus ataques.

La dejé hacer.

Ella cerró la puerta pudorosamente y yo me volví al *living*.

Inconscientemente estaba preguntándome qué clase de ataques sufría Vanessa que eran capaces de impulsarla a quedarse completamente desnuda.

CAPITULO III

Oí el susurro de la puerta del dormitorio abriéndose y me puse en pie.

Vi el brillo de los ojos de Cynthia. Estaba comprobando que yo había empleado aquellos minutos en poner un poco de orden en la desordenada habitación.

Pero yo estaba interrogándola con los ojos.

—Duerme —dijo—. Le he puesto una inyección y parece sentirse mejor. Supongo que siente curiosidad, señor McGill...

—Llámeme Mark. Hemos vivido tantos incidentes juntos en menos de una hora, que me parece conocerla de antiguo, Cynthia. Y sí, en verdad, me pregunto qué le ocurre exactamente a su amiga.

La verdad, yo estaba empezando a sospechar algo inconfesable.

Pero la respuesta de Cynthia alejó cualquier sospecha con la fuerza de un huracán.

—Vanessa es... diabética. Se ha aficionado a beber. Y eso... Bien, sin duda, se sintió desvanecer cuando se encontraba en el baño y fue arrastrándose cómo pudo hasta el dormitorio.

Por eso estaban los muebles tirados por el suelo, los libros. Y por eso se encontraba absolutamente desnuda.

Me mostré vehementemente solícito enseguida.

—Sería mejor avisar a un médico. Puedo hacerlo fácilmente. Precisamente es amigo mío...

Sonrió tan dulcemente que sentí cosquillas en la nuca.

—Oh, no, gracias. Pero no es necesario. Ella, como todos los diabéticos, solo debe seguir un régimen de comidas. E inyectarse insulina cada día. Ya lo he hecho. Vanessa estará muy bien mañana mismo.

Cynthia atravesó la habitación, buscó algo en un mueble y sirvió dos martinis.

Terminando, consulté mi reloj y comprobé que penas me quedaban veinte minutos para volver a mí trabajo.

Adiós, merienda, adiós baño, adiós descanso.

Pero había valido la pena conocer a Cynthia.

Ella me acompañó hasta la puerta.

Más allá, el taxista estaba dándole a todos los diablos. E incluso le escuché algún comentario dirigido directamente a mí.

Pero Cynthia reclamó inmediatamente mi atención.

Su pregunta me dejó literalmente sin habla.

—Señor McGill... Es decir, Mark... ¿por qué me besó tan apasionadamente cuando me recogió en Central Park?

Carraspeé.

—Mírese en un espejo —respondí—. Y lo sabrá inmediatamente. Por otra parte, Cynthia, no pude impedirlo. Creí haberla matado, la vi tan desvalida, tan bonita, tan...

Cuando me di cuenta estaba besándola de nuevo.

Ella me devolvió el beso.

¡Mi adorada Cynthia!

Ninguna mujer me ha besado como ella.

Sus labios eran tibios, gordezuelos, como pulpa fresca de fruta tropical.

Luego ella me empujó levemente y bajó los ojos.

—Volveré —dije—. En cuanto pueda. Tengo que hacerte olvidar los dos sustos que recibiste por mi causa.

—Esta es mi casa, Mark —dijo envolviéndome en una mirada dulce—. Ahora debo volver junto a Vanessa...

Tropecé al bajar a la acera. Pero no me importó.

El taxista me miró de arriba abajo, con cierta intención. En otra ocasión aquella mirada le hubiera costado perder un par de dientes.

Pero yo estaba radiante.

Di una dirección al taxista y cerré los ojos.

A las diez cuarenta y cinco estaba en la oficina.

Míster Alciom me miró con cierto reproche a través de sus ojillos sagaces.

—¿Dónde diablos se mete, Mark? He estado calentando el teléfono durante media hora, llamando a su apartamento.

Glen y Francis estaban allí también.

Supe que algo había ocurrido.

Así que di mi explicación de la agresión que había sufrido en el parque, ocultando deliberadamente hablar de Cynthia.

Míster Alciom me miró con suspicacia como si no diese crédito al hecho de que habían intentado enviarme al otro mundo a golpe de metralleta. Pero debió postergar mi información a algún rincón de su cerebro y fue a lo suyo.

—Giuliano Ambrosi ha sido visto en Atlantic City —dijo de repente.

Me contó brevemente el asunto.

Un confidente había telefoneado a la policía para hacer una denuncia.

Un tipo muy parecido al hombre que la televisión había estado ofreciendo en sus pantallas durante horas se alojaba en un motel del Garden State Parkway.

Suspiré.

—¿Lo han atrapado? —pregunté rápidamente, con la esperanza de que el caso hubiera terminado de forma tan cómoda.

El fruncimiento de los labios de míster Alciom me dijo sin palabras que un final tan bello solo ocurre en las películas.

—Ambrosi «madrugó» mucho. Cuando la policía rodeó el motel, de Ambrosi no quedaba ni rastro. Había huido, pasando ante los mismos «cops»... vestido con el uniforme de un policía al que había puesto fuera de combate.

Ingenioso y audaz, como siempre, Ambrosi se había escurrido de entre las manos de la ley por segunda vez consecutiva.

—Es posible que no haya ido muy lejos. El cerco se estrecha a su alrededor. Por otra parte, parece que Ambrosi se había citado con alguien en Atlantic City. Alguien que muy bien pudiera sacarle ilegalmente del país. Por tanto...

Sabía lo que venía a continuación.

Media hora después Glen D'Arcano, Francis Temple y yo mismo volábamos en un bimotor hacia Atlantic City con la orden de capturar a Ambrosi sin excusa.

—Vivo o muerto —fue la última recomendación de míster Alciom.

El piloto, un joven de la policía estatal, parecía muy contento y con ganas de hablar.

Le seguí la corriente para pasar el rato de vuelo y me guiñó un ojo.

—No querrá creerlo, pero soy un tipo afortunado. Mañana estaré franco de servicio, acabo de cobrar mi paga y... ¡lo más sensacional! por la noche estaré cenando en Franchino's con una pelirroja.

Me contó que aquella misma noche un automóvil se había quedado sin gasolina a la entrada de las pistas.

—Tuve que sacarle unos litros del depósito de mi «Chevy». Pero obtuve mi recompensa. La pelirroja quedó encantada... ¡Dios, qué mujer! Suave, deliciosa, llena de curvas, amable, incitante... Dijo que siempre había admirado a los pilotos. «Un oficio arriesgado, lleno de peligros», dijo...

En aquel momento escuché un curioso petardeo. Miré hacia el exterior y comprobé que el motor izquierdo acababa de detenerse; la hélice todavía giraba a pocas revoluciones, movida por la inercia.

Quise llamar la atención de mi interlocutor, pero el joven Terry parecía entusiasmado con su relato.

—¡Qué mujer, gran Dios! Me preguntó con una sencillez tremenda si

tenía la tarde siguiente libre. Eché la gasolina al depósito de su coche y le dije que lograría estar franco aunque tuviera que doblar mi guardia veinte días seguidos, posteriormente. La verdad, nunca he sido un conquistador. Verdaderamente, nunca he tenido suerte con las mujeres, pero...

Un nuevo petardeo angustioso, unas falsas explosiones y el segundo motor del avión dejó igualmente de funcionar.

De repente el aparato se inclinó de morro bruscamente. Terry, el piloto, palideció.

Sólo entonces se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¡Ca... caray! ¿Qué diablos es esto? Estoy seguro de que llené el depósito de combustible —exclamó con ridículo pasmo.

Me sentí tentado de largarle un buen par de sopapos, por infeliz.

—Escucha, querido Terry —dije, conteniéndome—. ¿Qué hizo tu maravillosa pelirroja mientras tú trasegabas gasolina para su coche?

Parpadeó.

—Bueno... Estuvo curioseando en el aparato... ¡No irá a pensar que...!

—Sí, querido. Te engañó como a un chino. Sin luda, cortó el conducto de uno de los tanques de bencina de este aparato... ¿Todavía sigues soñando con esa cita en el Franchino's? —me burlé sin piedad.

Se atragantó.

Por lo demás, el aparato descendía rápidamente, según pude comprobar dirigiendo una ojeada al altímetro; tres mil pies, novecientos cincuenta, novecientos...

—¡Santo cielo! —se desesperó el pobre Terry—. ¿Qué vamos a hacer? Es de noche y Atlantic City está lejos aún. ¡No podremos intentar un aterrizaje forzoso en medio de la oscuridad...!

Glen lanzó un buen taco, Francis se agitó inquieto.

Por mi parte me puse en pie, miré sin pizca de humor al piloto policíaco y consideré la situación.

—Querido Terry, sospecho que esa cita con la pelirroja no vas a olvidarla fácilmente —susurré—. En fin, ¿dónde están los paracaídas?

Hipó algo entre dientes y señaló el otro extremo del avión.

Unos minutos después tres hongos blancos se dibujaban sobre el fondo oscuro de la tierra.

Tuve que empujar al despavorido Terry fuera del avión para obligarle a saltar porque el pobre hombre había perdido todo ánimo.

No es muy agradable lanzarse al vacío en plena noche. Pero mis temores eran aún otros; la brisa podría arrastrarnos fácilmente hacia el cercano océano.

¿Saben ustedes lo que significa *deslizar* en la jerga de los paracaidistas?

Supone una serie de contorsiones con el cuerpo tendentes a desplazarse en determinada dirección.

Por fortuna me di cuenta de que mis compañeros y el piloto estaban

haciendo otro tanto buscando con ansia la proximidad de tierra.

De repente sentí un tremendo batacazo y rodé por el suelo.

Logré alzarme del suelo y dominar la seda de mí paracaídas. Más allá pude ver las manchas blancas de los de mis compañeros.

La tierra olía fragantemente a verduras, a tierra mojada.

Ya me dirigía a reunirme con mis compañeros cuando alguien gritó en el borde del maizal cercano.

E inmediatamente brilló un fogonazo en la oscuridad y escuché un estampido. También pude oír el rumor de las ramas y matas tronchadas muy cerca de mí.

Sólo tuve tiempo de saltar hacia delante buscando la bendita protección del suelo.

Y, naturalmente, hundí el rostro en el lodazal formado por las aguas del riego.

Maldije con toda mi alma. Noche cerrada, después de un salto desde un avión averiado y mascando barro... ¿no es para irritarse?

Sin embargo, me di prisa en evitar que mi revólver se mojase. Un momento después asomaba cautamente la cabeza por encima de una plantación de pimientos.

Un gruñido sordo me obligó a estremecerme.

E inmediatamente, una sombra compacta, oscura y poderosa saltó sobre mí.

El fogonazo de mi «P-38» iluminó brevemente la cabezota de un gigantesco perro danés.

Que mi balazo no había hecho carne lo supe inmediatamente.

Las fauces babeantes del gran animal se cerraron sobre la hombrera de mí chaqueta, después de haberme derribado con su considerable peso.

CAPITULO IV

En los primeros segundos me sentí tan aturdido, que de pude hacer una cosa: tratar de huir.

El danés pesaba tanto como yo —unos ochenta kilos—. Gruñía y tiraba hacia sí con todas sus fuerzas y había logrado que el revólver se evaporase de entre mis dedos.

Me tenía sujeto, absolutamente sujeto.

Entonces escuché aquella carrera vertiginosa. Alguien corría a gran velocidad entre las matas, en dirección al lugar en donde el perro me mantenía inmovilizado.

¿Quién podía ser, sino el individuo que había disparado con una escopeta de perdigones unos minutos antes...?

Palpé desesperadamente el fango, buscando mi revólver. El hedor de la respiración del temible animal sobre mi rostro me produjo náuseas.

Sentí que mi corazón latía a mayor velocidad cuando mis dedos tocaron la culata del revólver.

Al observar mi movimiento, el danés redobló su ferocidad.

—¡Así, así, «Klein»! —gritó alguien, muy cerca—. ¡Sujétalo, no le dejes moverse!

Alcé el revólver, lo acerqué a la cabezota del perro y disparé.

Escuché un estertor horrible, agónico.

Los colmillos del animal soltaron su presa, me di cuenta de que podía alzarme del fango...

Y lo hice justamente a tiempo de encarar mi revólver hacia la persona que veía lanzada hacia mí a través de la plantación.

Disparé en posición invertida.

El hombre lanzó un gemido y rodó sobre las matas.

Inmediatamente un chorro de luz se descompuso en tonalidades esmeraldas, desde el maizal.

Sonó el tableteo de una metralleta.

Las avispas de plomo se enterraron en el fango, junto a mi cabeza, salpicando de lodo mi cabello.

El foco eléctrico me impedía ver a la persona que acababa de disparar. Sabía con certidumbre que iban a acribillarme de un momento a otro. Luego escuché un estallido familiar; el disparo de un «P-38».

Instantáneamente la metralleta cesó en sus disparos, se oyó el baque de un cuerpo contra el suelo.

Asomé la cabeza.

A unos diez metros de distancia, una linterna iluminaba de refilón el rostro contraído de un hombre, tendido en tierra, entre las matas.

Aguardé, prudentemente. Durante dos minutos solo pude escuchar el latido desenfrenado de mi corazón.

Juro que aquella noche pasé más miedo que durante todo el tiempo que llevo ejerciendo la arriesgada profesión de G-Man.

Oía el canto de los grillos, el susurro del viento en el maizal...

¿Y Glen, Francis y el piloto?

Me estremecí al pensar que pudieran haber sido alcanzados por el plomo del desconocido asesino.

Bueno, los asesinos eran dos, sin contar al perro.

¿Por qué habían disparado contra nosotros? ¿Otra equivocación como la de Central Park?

Muchas equivocaciones, demasiadas, pensé, para ser ciertas.

Me disponía a moverme cuando escuché un leve rumor junto a mí.

Un dedo luminoso me enfocó enseguida. Salté de costado y me dispuse a disparar.

—¡Quieto! —avisó alguien. Y reconocí la bendita voz de Glen.

—¡Uff! Me has dado un susto de muerte —resoplé—. ¿Y los demás?

—Todos estamos bien, aunque cubiertos de barro basta las orejas. ¿Y tú?

—Un poco magullado, un poco dolorido, pero entero.

Glen pareció reparar entonces en el cadáver del gran danés. Y le vi estremecerse.

—No comprendo nada. Cuando ese hombre, el primero, disparó su escopeta, creí que nos había confundido con vulgares salteadores de huertas. Pero luego...

—Quisieron matarme —dije—. ¿Quién abatió al de la metralleta?

—Fue Francis. El tipo te enfocaba con una linterna muy potente, pero pudimos verle perfectamente. Disparó una andanada y Francis no esperó a más. Un solo disparo bastó.

—Dios proteja su excelente pulso —murmuré. Y me puse en pie.

Poco después nos reuníamos con Francis Temple y el piloto.

El pobre Terry temblaba de pies a cabeza, invadido por el pánico.

—Salgamos de aquí —dije—. Hemos de llegar a lugar habitado cuanto antes.

—¿Por qué no echar una ojeada a esos cadáveres

antes? —propuso Glen—. No creo que haya más asesinos sueltos en la plantación. Hubieran dado la cara ya.

Me pareció bien.

Recogí la gran linterna del fango y la enfoqué sobre el rostro de uno de ellos. La ametralladora estaba a sus pies.

Un rostro vulgar, anodino, gris. Unas ropas de labriego.

Al igual que el otro.

Los registramos. Inútilmente. Nada de valor, nada que pudiera identificarles.

Recogí la metralleta, y separados unos de otros algunos metros, recorrimos la plantación.

Al fin, accedimos a un camino lo suficientemente ancho como para permitir el paso de las máquinas agrícolas.

Al final de un recodo vimos el *jeep*.

¿Era aquel el medio que habían empleado los dos pandilleros para llegar a la plantación?

Todo me parecía confuso, indescifrable.

¿Por qué habían intentado asesinarnos?

Una conexión con Giuliano no me parecía muy viable. Ambrosi bastante tendría con dar esquinazo a la policía estatal.

Por otra parte, ¿quién iba a haber avisado a los dos «torpedos»? ¿Quién sabía que Glen, Francis y yo nos disponíamos a capturar a Ambrosi?

Estaba, sí, como cosa cierta, el incidente de la pelirroja que Terry había contado con lujo de detalles.

Personalmente, yo no tenía la menor duda de que aquella mujer había cometido un sabotaje en el avión que había de trasladarnos a Atlantic City.

Con intención criminal, desde luego.

Bueno, si aquella persona se había comportado tan inteligentemente, ¿por qué no creer que era capaz de averiguar la distancia que podría recorrer el avión antes de agotarse el combustible?

De ahí, a enviar un par de matones al lugar aproximado del accidente, solo había un paso.

Rodeamos en silencio el *jeep*.

Eché una ojeada al tablero de instrumentos. Fue entonces cuando vi el destello rojizo del testigo de un transmisor-receptor de radio.

Cambié inmediatamente y tomé los auriculares y el micro.

—¡Aquí «Llama-l», aquí «Llama-1»! ¡Contestad! ¿Es que os habéis dormido? —chilló una voz en el micro.

—Nada de eso —respondí—. Estamos vigilando. ¿Nuevas instrucciones?

Sonó una exclamación indescifrable, grosera.

Y la comunicación se cortó.

—Ha reconocido tu voz, Mark —dijo Glen. Y tenía razón.

Intenté recordar aquella voz chillona, traté de identificarla, llamé una y otra vez en la misma longitud de onda, tratando de lograr nuevamente la conexión.

Todo fue inútil. La persona que estaba al otro lado de las ondas había escuchado mi voz, que no era la que esperaba oír. Y se había evaporado en el éter.

Me sentí chasqueado y rabioso. Pero no valía de nada perder el tiempo en lamentarse.

Detrás del aparato de radio estaba la explicación a aquel gigantesco barullo. Y yo la había tenido al alcance de la mano...

—Subamos —dije—. Trataremos de alcanzar la carretera.

Sentía ganas de fumar y busqué el paquete de cigarrillos. Lo saqué. Estaban tan mojados que se deshicieron en mis manos.

Los de Glen y Francis estaban igual. Terry no fumaba, luego no tenía cigarrillos.

A las tres de la madrugada, finalmente, alcanzamos una carretera de segundo orden que nos llevó hasta Kiglow, un pueblecito cercano a la costa.

El policía de guardia estaba roncando con el paquete de cigarrillos sobre la mesa.

Lo primero que hice fue encender uno y ofrecer a mis amigos.

Luego alcé una pierna y envié al suelo, sin delicadeza al tranquilo vigilante de la ley.

CAPITULO V

Tenía una gran capacidad para convencer a las mujeres.

Con Lisa Barton, a Giuliano la cosa le resultó igualmente fácil.

Cuando estuvieron a solas en la alcoba, él la abrazó con fuerza y la besó salvajemente en los labios.

—Tienes que ayudarme —susurró luego, besándola en el lóbulo de la oreja.

Ella se sentía muy a gusto entre los brazos del bandido, pero al escuchar su petición se envaró.

—No puedo —murmuró—. Sería mi perdición, me desprestigiaría.

Ambrosi la soltó bruscamente, se libró del jersey, quedándose desnudo de cintura para arriba y soltó una rotunda carcajada.

La respuesta de Lisa era para hacer reír, verdaderamente.

Que la dueña de un prostíbulo hablase de prestigio, era para desternillarse.

—No seas hipócrita —dijo él, mientras se dejaba caer en el lecho y se desperezaba como un gran felino—. Sé que estás deseando ayudarme, Lisa.

Ella le miró de reojo, entre temerosa y anhelante.

Ambrosi entrecerró los ojos, cruzó los brazos bajo la nuca y la observó disimuladamente.

Era una bella hembra la Barton.

En su cuerpo había toda la lascivia del mundo, una especie de llamada erótica que ningún hombre podría desoír.

Pero Giuliano estaba obrando fríamente, con el cerebro.

Trataba de convencerla, utilizando el indudable atractivo varonil que poseía. Una postura entre ardiente indiferente, sabiamente dosificada.

—Te persiguen. Estoy harta de ver tu cara en la tele.

—Y has pensado que podrías ayudarme —rio él.

Ella frunció los labios en un mohín de disgusto.

—Yo no te llamé. Ignoro quién pudo enviarte aquí Giuliano.

—Ya te lo he dicho. Carola Lombardi —dijo él, volviendo a desperezarse voluptuosamente.

—No la conozco, no he oído hablar de ella nunca.

—No seas necia. Era una de tus chicas. Me dijo que no podía verte..., pero concedió que un tipo como yo podría confiar en ti. Anda, ven.

—No —dijo ella. Y se acercó. Luego continuó—: No me interesa. Nada puedo ganar y sí perder mucho. Si supieran que estás aquí... Me encarcelarían. Ya he estado en la cárcel. Y la odio. Una segunda vez no podría resistirla. Me suicidaría.

—¿Quién habla de suicidarse? —comentó risueño—. Tengo mucho dinero, paloma, muchos cientos de miles. Alguien vendrá aquí, a este pueblucho, a traérmelos. Tú podrás verlo con tus ojos, con esos ojos verdes preciosos, de gata en celo, Lisa.

—¿Quién sabe si todo eso no es un cuento? —contestó ella, desabridamente—. Estoy harta de conocer a tipos cerraduras como tú. Lo cierto es que la policía te busca por asesinato y otra osas. Podría simular que accedo a protegerte... Y dejarte dormir. Estás muy cansado, verdad, amor mío? Cuando estuvieras dormido... Sería fácil avisar a Clovis, el *sheriff*. Seguro que dan una buena recompensa por ti, amor.

De repente, Giuliano se incorporó en el lecho.

Su mano derecha se disparó como una centella.

Y su puño alcanzó a la mujer en la barbilla y la lanzó rodando por el suelo.

Lisa lanzó un gemido de angustia y permaneció inmóvil.

Giuliano la observó unos instantes.

Luego saltó del lecho y se inclinó sobre ella.

Sorprendentemente, comenzó a pronunciar vehementes palabras de consuelo, de perdón.

Un tierno arrullo entre un asesino y la dueña de un lupanar.

Para Ambrosi, todo estaba calculado, medido hasta el milímetro.

Su treta dio un no menos sorprendente resultado.

Poco después ella suspiraba tenuemente, hipaba de vez en cuando.

Pero...

—Eres un bruto, Giuliano. Pero me gustas. Dices que necesitas alojamiento por un par de días ¿no es eso?

Ambrosi asintió en un murmullo.

Había ganado la partida. Sabía que podría contar con Lisa Barton de forma incondicional.

Cuando todos le perseguían como a una fiera temible, una mujer bastaría para facilitarle las cosas.

Sólo unas horas de espera. Luego tendría el dinero en su poder. Y un avión.

Distancia, lejanía...

¿Brasil...? ¿Tahití?

Cualquier sitio era bueno.

Aunque no pensaba llevarse a Lisa consigo.
Demasiado absorbente y... apasionada.

* * *

El café nos reconfortó.

Yo había tomado una buena ducha, al igual que mis amigos, y me sentía más cómodo y ligero.

Estaba apurando mi taza y uno de los cigarrillos de Ernie, el vigilante nocturno, cuando entró *Smoke* Clovis el *sheriff* de Kiglow.

Tenía un aspecto muy pintoresco, con sus ojillos enrojecidos, su nariz porruda, la camisa arrugada y los cuatro ralos cabellos de su cabeza de punta.

—Están en el depósito —dijo—. Les he echado un vistazo. No los conozco de nada, no son gente de por aquí. ¿Quieren venir a verlos?

Dije que no con la cabeza.

Ver dos fiambres tendidos sobre una mesa de mármol no me apetecía en absoluto. Por otra parte, nada íbamos a sacar en claro.

Smoke se encogió de hombros y se dejó caer sobre un sillón.

Nos había prometido prestarnos su coche para llegar a Atlantic City, veinte millas al sur. A regañadientes, puesto que nuestra llegada en aquella madrugada solo había servido para crearle dificultades y preocupaciones.

Estaba amaneciendo.

Pensé, humorísticamente, en la cara que pondría míster Alciom cuando tuviese noticias de nuestra odisea.

En principio, despotricaría por lo bajo, según era costumbre.

Luego nos echaría la culpa de todo y a continuación se pondría a arreglar las cosas de forma rápida y consciente, según también era su costumbre.

Yo me estaba durmiendo a chorros.

Envidiaba terriblemente a Ernie, que con la gorra calada hasta los ojos, dormitaba, tranquila e indiferentemente, a dos pasos de mí.

Ni siquiera se había enfadado cuando le arrojé al suelo, a nuestra llegada.

Se limitó a ponerse la gorra, a sentarse tras la mesa y a comenzar a rellenar un boletín... ¡Hombre tranquilo!

Lo sensato hubiera sido dormir. Pero, no señor. No era posible.

Se suponía que debíamos dirigirnos rápidamente a Atlantic City, entrevistarnos con el capitán Halley, solicitar su ayuda y organizar la persecución de un asesino llamado Ambrosi.

¿Dónde estaría Ambrosi?

Di las gracias a *Smoke* Clovis, hice una seña a Glen y Francis y me

despedí de Terry —que regresaría a Nueva York aquella misma noche— no de forma amable.

Smoke me tendió las llaves de su coche. Le recomendé que acelerara los trámites para identificar los cadáveres de los dos pistoleros que habían intentado asesinarlos en la plantación, así como al dueño del *jeep*.

Fue Glen el que condujo el primer tramo.

Cuando abandonábamos la población, Francis me señaló con el dedo una bonita edificación de dos plantas elevada en un talud.

—Un sueño. ¿Qué tal una choza así para pasar los fines de semana en compañía de una muchachita linda? —comentó.

Me encogí de hombros, me acomodé en el asiento, dispuesto a dormir aunque fuese durante media hora.

En aquellos momentos, eso hacía el hombre que buscábamos; dormir apaciblemente en compañía de una mujer muy hermosa y complaciente.

Y precisamente en aquella casita que Francis acababa de señalarme.

¡Dios santo! Si hubiéramos sabido aquello... ¿cuántas horas de incertidumbre, de peligro, de persecución y de cansancio no nos hubiéramos ahorrado?

Pero...

CAPITULO VI

—Han desaparecido —dijo Wastley secamente, sin quitarse el cigarrillo de la boca.

El hombre al que se dirigía era prodigiosamente alto y delgado. Su aspecto, enfermizo, pálido, le convertía en un individuo repugnante.

Para Wastley y los otros dos pistoleros que aguardaban sus órdenes, Aloysius Koote no era repugnante, sin embargo.

En parte porque estaban acostumbrados a su presencia. En parte, porque el «señor» Koote les pagaba espléndidamente.

—Desaparecidos —murmuró fríamente Koote, sin que un músculo se moviese en su rostro demacrado—. ¿Y el perro? ¿Y el avión?

No miraba a Wastley, no miraba a ninguna parte. Por lo demás, el macizo Wastley tenía poco que ver; un rostro vulgar, una barbilla cuadrada, unas cejas llenas de cicatrices, un labio inferior caído como el de un camello...

—¿El perro? Estaba en el maizal. Muerto. Le habían reventado la cabeza de un disparo. En cuanto al avión... se había estrellado a unas dos millas. Miramos entre la chatarra, pero no encontramos lo que buscábamos.

—Mala cosa —observó el delgadísimo Koote—. Ella va a enfadarse...

¿Quién era «ella»?

Wastley, tanto como Cook o Davis, le habían oído más de una vez referirse a aquella extraña mujer con aquella vaga expresión: «ella».

Pero ninguno de aquellos tres hombres era lo suficientemente inteligente para intentar averiguarlo.

¿Qué Koote dependía de una mujer? ¡Allá él...!

Wastley, Davis y Kook sabían soltar la lengua del individuo más testarudo, sabían utilizar una metralleta y conducir un automóvil... ¿Para qué más?

—Veremos... —murmuró Koote, con la misma indiferencia de siempre.

Se puso en pie, descolgó el teléfono sin prisas y marcó un número.

Durante toda la conferencia, Aloysius Koote no hizo otra cosa que

asentir con unos movimientos de cabeza, acompañados por lúgubres «ujú-ujú».

Cuando hubo colgado se volvió a los tres hombres y dijo:

—Ella se ocupa de todo. Nosotros vamos a... Sí, vais a vigilar a «Sweet» Charington. Ese viejo zorro anda detrás de todo esto.

Ambrosi se fue de la boca. Quizá le pidió dinero a cambio de lo que nos interesa... y «Sweet» no quiere dejar el asunto de su mano. Será mejor que le hagáis una visita...

—¿Qué clase de visita, señor Koote? —preguntó Davis, que era el más joven y fogoso de sus tres «auxiliares».

Koote pareció impacientarse un tanto.

—Pues... una visita de cortesía. Advertirle, por ejemplo, que puede chamuscarse el bigote si husmea demasiado cerca de nuestros negocios. ¿Necesito ser más explícito, Wastley?

Wastley lanzó una risotada. El sí que comprendía claramente a míster Koote.

—Por supuesto que no, jefe. Yo me ocuparé de todo.

—Eso espero —susurró Koote, suspirando. Y cerró los ojos como si estuviese agonizando.

* * *

La búsqueda de Giuliano Ambrosi resultó un tremendo fracaso.

Aquella mañana, un granjero llamado Hay había encontrado un uniforme de policía junto a su espantapájaros preferido; dos palitroques cruzados a los que había «vestido» con un buzo de mecánico, viejo.

Como quiera que Ambrosi había huido disfrazado de policía, Halley ordenó a sus hombres que se trasladaran a la propiedad de Hay. Y nosotros nos adherimos a la partida.

Por si acaso, el sargento Clyde Parker se hizo acompañar de perros policías y una docena de hombres.

Glen, Francis y yo partimos con la expedición. También formaba parte del grupo un hombrecillo llamado Shinks, un buen rastreador, según aseguró el sargento.

Guiados por Hay hasta el interior de su plantación, llegamos al espantapájaros.

Shinks tomó el uniforme de policía y se lo dio a oler los perros. Inmediatamente, los animales comenzaron olfatear el suelo, dando visibles muestras de ansiedad.

Tuvimos que correr todos detrás de los sabuesos. Los agentes avanzaban tensos, con las metralletas y los fusiles prevenidos.

De pronto, los gritos de una persona llegaron hasta mí, mezclados con

los ladridos de los perros.

—¡Allí, allí! —gritó Hay—. Detrás del maizal hay una acequia profunda, seca. Los perros han agarrado a su presa.

Llegamos justo a tiempo para sujetar a los animales antes de que sus colmillos destrozasen a aquel hombre.

Sólo tuve que verlo para comprender que no era
Giuliano Ambrosi.

Se trataba de un hombre bajo, barbudo, harapiento y, maloliente. Un vagabundo.

—¡Soy inocente! —lloriqueó enseguida—. Lo único que hice fue ponerme ese uniforme durante la noche. El relente calaba hasta mis huesos, tenía frío y vi el uniforme en el espantapájaros. Pensé que por la noche a nadie iban a hacer falta esas ropas. Dormí con ellas, aquí mismo. Luego las devolví a su sitio.

Estuve a punto de soltar la carcajada.

No era extraño que el mugriento individuo hubiera dejado un «aroma» más penetrante en el uniforme que el olor con que lo hubiera impregnado el cuerpo de Giuliano Ambrosi.

Dejamos al vagabundo y Shinks comenzó a rastrear las huellas a partir del lugar donde estaba situado el espantapájaros.

La búsqueda fue larga y monótona. Y por fin, cuatro horas más tarde llegamos a Kiglow...

—Es imposible seguir aquí. Los pies no dejan huellas sobre el asfalto — se dio por vencido el rastreador.

Fuimos a ver al *sheriff*. Clovis nos recibió muy extrañado. Nos había despedido unas horas antes y ahora volvíamos a estar en el punto de partida.

Los agentes de Atlantic City, auxiliados por los cuatro hombres del *sheriff* de Kiglow, registraron el pueblo de arriba abajo, tras las huellas del escurridizo Ambrosi.

Fue Glen D'Arcano, mi compañero, quien descubrió a aquel chiquillo a la salida del pueblo, junto a la estación de servicio.

—Me dio diez dólares por llenarle el depósito. Una mujer muy bella, morena, estaba sentada junto a él. No pude verle la cara, pero sí al hombre. Tenía mucha prisa y vestía solo una camisa destrozada y un pantalón gris.

La descripción que el chico facilitó coincidía asombrosamente con el asesino fugitivo.

Inmediatamente envié un mensaje a través del receptor de uno de los automóviles de la policía estatal. Sabía que mi llamada movilizaría inmediatamente a centenares de policías patrulleros.

Pero Giuliano Ambrosi no fue encontrado en las siguientes veinticuatro horas. Volvimos a Nueva York, silenciosos, vencidos...

Habían transcurrido treinta y cuatro días.

Giuliano Ambrosi continuaba ocupando el número uno en las listas del FBI.

Pero míster Alciom nos había ocupado ya en otras investigaciones. Yo disponía ahora de más tiempo y había estado dedicándolo apasionadamente a frecuentar la compañía de mi bella Cynthia Vernon.

Cada día que transcurría, yo iba notando un cambio profundo dentro de mí. Me sentía tan enamorado de Cynthia, que incluso llegué a descuidar mis deberes para con el FBI.

Era una joven muy extraña, enigmática. Aunque sus ojos nunca dejaban de mirarme con aquella expresión ingenua, de gacela asustada.

Vanessa, su compañera, había ingresado en el hospital. Y tal circunstancia me permitía pasar en el hotelito de Queens muchas horas.

En más de una ocasión le propuse ir a visitar a su amiga. Pero ella se apresuraba a responder:

—Es triste. No me gustan los hospitales, Mark. Compréndelo. Mi madre... tuvo que pasar largas temporadas hospitalizada. La simple mención de un hospital me trae el recuerdo de aquellos días desesperados...

Cynthia tenía ocupada la mayor parte del día en su labor de asistente social. Yo solía acercarme a Queens solo al caer la tarde, después de las siete.

Un día tuve que realizar una pequeña investigación de rutina en Queens, en una discoteca, en la que se sospechaba se reunían elementos del grupo Panteras Negras.

Terminado mi trabajo, el pensamiento vino a mí por sí solo:

—¿Por qué no acercarme al hotelito? Tal vez Cynthia esté en casa. Podríamos tomar el aperitivo juntos. Incluso ir a la piscina a darnos un baño...

Cynthia, como una diosa, presidía toda mi vida. Ye sabía que ya no podría prescindir de sus sonrisas ingenuas, del aroma que exhalaba su piel, del roce suave de sus cabellos, del sabor dulzón de sus labios.

Finalmente, decidí visitarla.

No había hecho más que detenerme ante el hotelito, cuando vi salir a un hombre.

Los celos hicieron presa en mí. Pero un segundo después reconocía al individuo que acababa de abandonar la casa de mí adorada Cynthia.

¡Giuliano Ambrosi...!

Era él, sin lugar a dudas. Se había dejado un fino bigotillo y llevaba gafas oscuras.

Pero era su rostro, sus cabellos, su corpulencia, su forma de andar.

Ambrosi dirigió una distraída mirada hacia mi coche y caminó hacia un bello «Ford-Mustang» azul estacionado en la rotonda circular que daba acceso a Hyde St.

Míster Alciom se había empeñado en instalar un transmisor-receptor de radio en mi recién reparado automóvil.

Mis dedos se posaron nerviosos sobre el contacto. Oí el zumbido del aparato y descolgué el micro.

—¡Atención, Central, atención! Habla el agente Mark McGill. Me encuentro en la zona residencial de Queens, y acabo de identificar a Giuliano Ambrossi...

Giuliano se puso en marcha y se alejó. Yo le seguí a la zaga, sin aproximarme demasiado a él.

Un torbellino de ideas confusas, tempestuosas y discordantes estaba girando en mi mente.

Ambrosi había salido del hotelito de Cynthia. De allí a suponer que ella le había dado cobijo, que existía algún entendimiento entre ellos, solo había un paso.

Pero yo temía darlo. Porque amaba a Cynthia...

Ambrosi conducía el «Mustang» sin prisas, como si se sintiese muy seguro de sí mismo, lo que hacía la persecución más fácil. Sólo tenía que preocuparme de no distanciarme mucho en los semáforos para que mi presa no pudiera escapar.

La luz roja del receptor destelló sobre el tablero. Y la voz de míster Alciom resonó en el altavoz:

—¿Mark? Hemos recibido tu llamada. Hay cinco automóviles dirigiéndose hacia ahí. No le pierda de vista. Y vaya marcando con precisión su itinerario. ¡Vamos a atraparlo!

Di mi conformidad. Íbamos a cazar a Ambrosi. Pero ¿y Cynthia, y mi propia persona?

Hasta ahora no había mencionado para nada a Cynthia, no había dicho que Ambrosi había salido de su hotelito.

Empezaba a faltar gravemente a mi fidelidad para con el FBI.

CAPITULO VII

Me di cuenta de pronto que la trayectoria del coche de Ambrosi señalaba el Holland Tunnel.

Entonces destelló la radio y escuché una voz conocida. Era D'Arcano:

—¿Mark? Soy Glen. Mi coche acaba de detenerse en el extremo norte del Holland Tunnel. Francis Temple está en la entrada. Galloway y Wiryat están a tu zaga. Rusell espera en la mitad del túnel. Puedes cederle tu lugar a Galloway si quieres evitar que Ambrosi te vea...

—Allo, Glen. Todo está bien. Hay muchos coches entre Ambrosi y yo. Dudó que haya podido darse cuenta de que le sigo. Conduce muy tranquilo. Permaneced a la escucha —dije.

—Okay —exclamó Glen, con un trémolo de emoción en la voz. Suerte, Mark.

Efectivamente, el «Mustang» de Ambrosi penetró en el Holland Tunnel. Entonces cogí el micrófono y llamé a Central.

—Creo que ha llegado el momento, señor. Si se taponan el otro extremo del túnel, Ambrosi estará atrapado. Su coche es un «Ford-Mustang» azul, modelo 1971, matrícula NY-XZ-6856. ¿Cuál es su decisión?

Pasaron unos segundos antes de que la voz de míster Alciom volviese a escucharse.

—Está bien, lo haremos. Dejarán pasar todos o casi todos los automóviles que ruedan delante del «Mustang». Nuestros agentes bloquearán la salida. Tenga cuidado Mark. En cuanto nuestros hombres distingan a Ambrosi dispararán una ráfaga de aviso.

—Lo tendré, señor. Vamos allá.

Por desgracia, cuando seguí por el túnel tras el coche de Ambrosi, noté que la circulación a través de aquel paso era excesivamente apretada.

Aunque logré adelantar a tres coches, no pude seguir tan de cerca a mi presa.

Afortunadamente, al llegar a la mitad del túnel, donde se encuentran

los servicios de aireación, un automóvil negro se incorporó a la corriente de vehículos.

Pude reconocer fugazmente a Eddie Russel, uno de mis compañeros.

Íbamos acercándonos al final del túnel.

Luego, súbitamente, los automóviles que circulaban a gran velocidad ante mí frenaron con brusquedad. El chirrido de los frenos resonó en el gran túnel.

Torcí el volante a la izquierda, buscando un hueco por el que poder avanzar. Y lo logré.

Entonces vi el final del túnel, la barrera de policía federales. Y el coche de Ambrosi.

El «Mustang» estaba realizando una maniobra desesperada; estaba dando la vuelta.

Sonó el tableteo de una metralleta. Las balas zumbaron, altas, sobre los automóviles.

Ambrosi, repartiendo porrazos a los automóviles que entorpecían su maniobra, había logrado dar la vuelta en un espacio inverosímil.

Comprendí que trataba de escapar por el otro externo.

Russell también se había colocado precavidamente a la izquierda. Vi su gesto decidido cuando torció el volante y trató de interponerse en el camino del «Mustang».

El coche de Russell había chocado de refilón con el de Ambrosi. Pero de forma increíble, Giuliano aceleró y siguió adelante.

A mi alrededor, los conductores de los otros automóviles, contemplaban la escena horrorizados.

El «Mustang» se acercó, entonces, con la calandra completamente torcida.

Saqué el revólver.

Con un tipo como Giuliano no iba a andar con chiquitas.

Y simultáneamente, saqué mi coche del atasco y lo interpose en el espacio libre.

Chirriaron los frenos, cerré los ojos un momento, esperando el potente encontronazo.

Cuando los abrí, Ambrosi, pistola en mano, saltaba sobre los techos de los coches estacionados detrás de mí.

Tuve que hacer otro tanto. Salté fuera de mi coche y me lancé en una temeraria carrera tras el asesino.

Ambrosi se volvió un segundo. Y me vio.

Pude captar su rictus desesperado. Y me arrojé de cruces contra el techo de un vehículo.

Muy a tiempo, porque el plomo caliente zumbó por encima mío un momento después.

Disparé desde allí. Disparé, conscientemente, a las piernas.

Ambrosi se detuvo, cojeando. Pero volvió a arrastrarse, a cómicos saltitos, sobre las planchas de los automóviles.

Yo me había incorporado y le seguía. Entonces comprendí que estaba arriesgando mi vida más de lo que el FBI me pedía.

Pero la tensión del momento, el ansia por impedir la huida del bandido, me obligaron a correr en pos de él.

En aquel momento, Ambrosi se detuvo, indeciso.

Una ráfaga de metrallera le atravesó el pecho.

Vaciló en lo alto, apretó el gatillo, la bala zumbó y se perdió entre los coches.

Luego cayó pesadamente, manchando con su sangre el techo de un bonito «Chrysler» deportivo.

Galloway y Wiryat brotaron entre los pasillos de coches y llegaron junto a él, con precauciones, al mismo tiempo que yo.

La sangre de Ambrosi se escapaba a chorros. Una bella chica sentada tras el volante del «Chrysler», contemplaba el rojo líquido que empañaba el cristal parabrisas...

—Está muerto, Mark —dijo Galloway—. ¿Te sientes bien, logró alcanzarte?

Denegué con un gesto.

Estaba pensando en Cynthia. Imaginaba la relación que podía unir a Ambrosi.

Me sacó de mi ensimismamiento el sonido estridente de una ambulancia.

El cuerpo de Giuliano Ambrosi fue levantado ante la presencia del fiscal, y la ambulancia se retiró, marcha atrás.

Poco después el Holland Tunnel volvía a quedar libre para la circulación.

El único indicio de tragedia que allí había ocurrido estaba sintetizado por unas manchas de sangre sobre el asfalto.

En la oficina, míster Alciom nos estrechó la mano e informó que en los bolsillos de Ambrosi se habían encontrado cincuenta mil dólares en billetes.

Creí que todo había terminado con la muerte de Giuliano. Pero en realidad, el caso no había hecho más que empezar.

A las seis de la tarde llegué a mi apartamento y comí con ganas un poco de pollo fiambre.

Me sentía atormentado. Aunque había tratado de olvidarlo, no podía apartar de mi mente aquella idea: Cynthia había protegido a Ambrosi.

¿Por qué...?

¿Qué oscuras relaciones podían unir a un bandido, a un asesino insensible, con una bella y candorosa joven como Cynthia?

No suelo emborracharme a menudo, pero aquella tarde casi terminé con una botella de ginebra que tenía en el frigorífico.

Serían las ocho cuando el timbre del teléfono repiqueteó en el *living*.

Me levanté sin ganas, amargado. Me dolía la cabeza y solo deseaba dormir.

—¿Mark? —en mis oídos sonó la bellísima voz de Cynthia.

Contesté con un gruñido.

—He decidido llamarte porque algo terrible ha ocurrido en mi casa. Cuando regresé, hace apenas unas horas, encontré forzada la cerradura de la puerta. Alguien se había comido algunos fiambres que guardaba en el frigorífico e incluso había despachado frescamente una botella de champaña que reservaba para nosotros. Creo que debo llamar a la policía. ¿Qué me aconsejas tú?

Mi dolor de cabeza, mi desesperación... todo se evaporó en un instante.

¡Ella no era culpable! Ambrosi había desvalijado aquella casa como podía haber desvalijado otra cualquiera. Todo era una absurda casualidad.

—Creo que no será necesario llamar a la policía, cariño. El hombre que forzó tu puerta y robó tu frigorífico... ha muerto. Espérame ahí. Estaré contigo dentro de media hora y te lo explicaré todo.

Aquella fue la noche más feliz que he vivido.

Cynthia escuchó mi relato con los ojos muy abiertos. Cuando terminé, dijo algo como:

—¡Jesús...! ¿Es posible que existan hombres tan desalmados...?

—No lo sabes bien. Ahora estoy seguro de que Ambrosi me hubiera baleado de no intervenir Galloway como lo hizo. Pero todo ha terminado, amor mío. He traído una botella de champaña. Haremos una pequeña fiesta —dije.

—Dame un cigarrillo —pidió Cynthia—. ¿Cómo iba a figurarme que tú... eras uno de esos fabulosos G-Men? La verdad, me has dejado sorprendidísima. Como me contaste lo de tu oficio de vendedor de automóviles...

La besé en los labios. Era una ingenua. Una ingenua perdida. Pero me gustaba.

Ella eligió un cigarrillo de mi paquete después de apretar varios entre sus dedos. Y se guardó el paquete el bolsillo de su bata...

Entonces yo no podía comprender que un paquete de «Tareyton» había costado la vida a varios hombres...

CAPITULO VIII

—Demasiadas mujeres —murmuró míster Alciom, desabridamente.

¿Era un misógino? En cualquier caso a sus cincuenta años se conserva soltero y... sin compromiso, todo hay que decirlo.

Me había estado chafando las tardes de toda una semana.

Alciom tenía una idea metida entre ceja y ceja: En relación con Giuliano Ambrosi habían aparecido varias mujeres hermosas en escena. Ello no tenía particular importancia, a mi entender.

Ambrosi, un tipo guapo y muy atractivo sin lugar a dudas, se había rodeado siempre de bellas mujeres. Incluso había vivido explotándolas en Little Italia.

—Antes de que apareciera aquella misteriosa belleza que iba a visitarle al Gayflower —observó Alciom, como si hubiera seguido, inexplicablemente, el hilo de mis pensamientos.

En efecto, cabía sospechar que la bella desconocida que se entrevistaba en el hotel con Ambrosi era la persona que le había iniciado en los tenebrosos caminos del espionaje.

Después estaba la pelirroja que visitó a Terry, el piloto de la policía, en el aeropuerto. La misma que había debido distraer al muchacho mientras cortaba diestramente un tubo de alimentación de los motores del aparato con el que debíamos trasladarnos a Atlantic City para capturar a Ambrosi.

Clovis, el *sheriff* de Kiglow, había realizado una inteligente investigación por su parte.

Había descubierto que Giuliano se había ocultado en la casa de Lisa Barton, una bella mujer de cuarenta años que explotaba un negocio tan viejo como el hombre sobre la tierra; la prostitución.

Habíamos interrogado a la Barton. Lisa confesó de plano en cuanto supo que Giuliano había muerto.

—Lo hice a la fuerza. Me amenazó. ¿Qué podía hacer yo? —las disculpas brotaban fluidamente de sus labios.

La estrechamos a preguntas durante una hora. Y dijo de lo que podía decirnos:

—Le envié Carola Lombardi, una chica que trabajó en mi casa. Era demasiado inteligente, ¿comprenden? y la despedí. Giuliano me obligó a cobijarle. Dijo que esperaba una importante visita. Me prometió llevarme con él. Iba a recibir muchos miles de dólares. Hacía el mediodía, una mujer llamó por teléfono. El habló con la desconocida. Quise acompañarle cuando se dispuso salir... Me golpeó. Todavía tengo los cardenales, aquí... ¡Y aquí! ¿Lo ven?

Se había bajado el vestido procazmente y enseñaba los senos sin ninguna vergüenza, allá donde un puñetazo había producido una violácea hematoma.

—¿Vio a la mujer? —pregunté.

No quiso confesarlo inmediatamente, pero lo hizo..., un minuto más tarde.

Se había alzado del suelo, derrengada, dolorida y rabiosa. Y había salido a la calle.

—Estaba en el interior de un bello coche azul...

—¿Un «Ford-Mustang»? —inquirí.

—Sí. Estaban besándose. Ella llevaba gafas, parecía una intelectual de esas. Me sentí furiosa. Él se había acostado conmigo la noche anterior...

—¿Cómo era la mujer?

—¡Ya se lo he dicho! —respondió Lisa, violenta—. Parecía una sabihonda. Una «tipa» como Carola Lombardi, aunque ésta parecía mayor. Llevaba el pelo suelte castaño, con mechas... Y unas gafas de miope. Cuando me vieron acercarme, ella arrancó y se fueron...

Conmigo estaba Ted Dunney, un dibujante del departamento técnico. Le pedí que dibujara un boceto con los datos que Lisa Barton había dado.

El conjunto arrojaba un rostro de mujer, bello, pero vulgar. Es decir, un rostro que tanto podía corresponder a la difunta Monroe como a la vivísima Raque Welch.

Sí. Eran demasiadas mujeres guapas...

—Quiero que vaya a la penitenciaría del Estado, Mark. Lograré un permiso del fiscal para que pueda penetrar en la prisión —dijo Alciom, de repente—. Quiero que se entreviste con Buck Hegan.

¡Hegan!

El nombre despertaba ecos en mi memoria, pero no lograba ponerle un rostro.

—Hegan fue condenado a veinte años de prisión por actividades antinorteamericanas, Mark. Es un comunista a su modo. Hemos sabido que Ambrosi fue a verle hace un par de meses a la prisión.

Ahora lo recordaba perfectamente.

Buck Hegan, un tipo achulado con cara de hambriento, que sacaba la navaja o el revólver por cualquier cosa y había sufrido algo más de una

docena de condenas pequeñas.

A Hegan le había acusado el fiscal de asesinato en la persona de un individuo tan poco recomendable como el llamado Harry Hoquiam. Hoquiam, por su parte, había trabajado para Aloysius Koote, un hombre extraño que se titulaba príncipe y aseguraba descender de los monarcas húngaros.

Koote había sido procesado por un delito incalificable; perversión de menores. Pero había logrado escapar del lance con una simple multa de cinco mil dólares.

Se rumoreaba en los bajos fondos que Koote no era más que un aventurero dispuesto a dedicarse a los negocios más extravagantes. Aunque con un común denominador: el delito.

Así, pues, una mañana tomé mi coche y me dirigí a la penitenciaría del estado.

Mi documento me abrió las puertas de la prisión. Poco después me entrevistaba con míster Horseback, el ayudante del alcaide.

Su aguileña nariz se frunció en un arco increíble cuando escuchó mi petición.

—Necesito entrevistarme con uno de sus presos, Buck Hegan.

—¡Hegan! —exclamó—. ¡El hombre del jeroglífico!

Como viera mi gesto de perplejidad, se apresuró a explicar sus palabras.

Cuando Hegan ingresó en la prisión, fue llevado, como todos los presos, a la sección de antropometría.

—No solo medimos a nuestros presos. Se les toma la fórmula dactiloscópica y se les fotografía, de frente y de perfil. De allí pasan a la sección de desinfectación-desinsectación y a las duchas. El vigilante se quedó pasmado al ver a Hegan desnudo...

Según míster Horseback, Hegan tenía un extraño tatuaje en la espalda.

—Toda su espalda aparecía ocupada por un tatuaje multicolor, formado por una espiral. Entre las espiras se podían ver guarismos, signos algebraicos, raíces... En fin, una especie de operación algebraica...

En la prisión, aquello había sido tomado como una muestra más de la excentricidad de aquel tipo.

—No se comportó muy bien. Atacó a dos guardianes e hirió gravemente a uno de ellos. Naturalmente, fue castigado en una celda de aislamiento. Parecía tener un extraño empeño en permanecer aislado. Cada vez que cumplía su arresto, promovía una pelea... Sólo tuvo un par de amigos, Charlie Turner y Bronx Peralta, un portorriqueño tan bronco como él...

Yo apenas le escuchaba.

Estaba pensando en aquel jeroglífico. ¿Era el simple capricho de un tipo apartado de la sociedad o tal vez algo más complicado?

De sobras sabía yo que tanto los soldados como los presos suelen tener

una afición común; la de los tatuajes.

Y los tatuajes son una ayuda decisiva para la policía a la hora de identificar a los delincuentes, con lo que muchas veces el hombre que infringe la ley se pone a sí mismo la soga al cuello.

Pedí hablar con Hegan.

—¿No se lo he dicho? —preguntó Horseback mirándome con curiosidad—. Hegan murió hace un mes.

Di un respingo sobre mi asiento.

—¿Murió? ¿Cómo. ¿De muerte natural? —pregunté, lívido.

El ayudante del alcaide denegó lentamente:

—No. Murió de una forma horrible. Todavía estamos preguntándonos si fue una espantosa casualidad o... se debió a un plan premeditado.

—Explíquese, por favor —demandé, cada vez más ansioso.

Me lo explicó todo, con lujo de detalles.

—Todavía no sabemos cómo pudo ocurrir, señor McGill. Alguien logró pasar más allá de los rastrillos un frasco de vitriolo. Todos los vigilantes han sido sometidos a interrogatorio, se les ha vigilado. Inútilmente. El caso es que...

En una de las raras ocasiones en que Hegan no estaba castigado en una celda de aislamiento, el preso había solicitado visitar la biblioteca.

—La biblioteca estaba solitaria, a excepción del funcionario que la rige. Hegan tomó un libro y se fue a una mesa apartada. De pronto, el bibliotecario escuchó un alarido impresionante. Y vio aparecer a Hegan. Gritaba como enloquecido. Y se derrumbó a los pies del funcionario.

El vigilante, alarmado, había oprimido el timbre que avisaba a los guardianes de la más próxima sección.

—Hegan tenía la espalda en carne viva y su chaqueta de presidiario se había deshecho como ceniza. El jeroglífico se había borrado casi por completo. El vitriolo se había derramado abundantemente sobre la espalda de Hegan. Aquella misma tarde murió, en medio de terribles dolores...

Rechiné los dientes, en contra de mi voluntad.

Hice muchas preguntas a Horseback, pero ninguna valió la pena.

Supe que algunos presos, próximos a cumplir condena, disponían de mayor libertad dentro del recinto de la cárcel. Pero ninguno de ellos se encontraba cerca de la biblioteca cuando ocurrió el impresionante hecho.

—¿No fotografiaron su espalda? —pregunté con una vaga esperanza.

—No. A los presos se les fotografía de frente y de perfil, únicamente.

Se deshizo en toda clase de explicaciones. Se había dado parte al fiscal, se había realizado una encuesta.

—Alguien apuntó la idea de que Hegan hubiera triado de borrarse a sí mismo el tatuaje. Hay muchos que lo intentan para evitar que pueda identificarles la policía. Pero...

Quizá todo aquello no tuviese importancia. Quizá todo hubiese

sucedido como el ayudante del alcaide de la prisión estaba explicándomelo.

Salí de la penitenciaría hacia el mediodía.

Mis ideas eran confusas.

Poco a poco sin embargo, la idea principal fue destacándose en mi mente.

En mi agenda había anotado un nombre.

George Lennis, funcionario de la penitenciaría, encargado de la biblioteca de la prisión.

Si yo había perdido dos horas en la cárcel, Lennis también iba a tener que perder una parte de su tiempo libre.

A las dos de tarde, George Lennis apareció en el aparcadero y ocupó automóvil flamante, un coche deportivo europeo de mucho precio.

Detrás de él, decidido a aclarar mis dudas, arranqué.

CAPITULO IX

Siempre me he ufanado de saber desatar las lenguas de los sospechosos sin tener que recurrir a métodos violentos.

Sin embargo... Baste decir que con George Lennis mis recursos persuasores fallaron por completo.

Le había sorprendido en su nuevo domicilio, una bella casita de treinta mil dólares. Yo solo tenía que hacer un breve cálculo para saber que con su sueldo en prisión, Lennis nunca lograría tener una casa como aquella.

Y establecida aquella premisa, obvio es señalar que Lennis estaba jugando sucio.

Ya estaba seguro de que él había recibido una cantidad muy importante. Y si aquello era así, ¿de dónde provenía el dinero?

Se resistió, contumaz, a todas mis preguntas. Hizo protestas de inocencia, simuló que iba a llamar a la policía.

Pero Lennis tenía el miedo en el cuerpo.

Quiso golpearme y aquel movimiento le perdió. Le agarré bien, por la espalda, y conecté mi palanca «Simushu-ling» sobre su columna vertebral.

Lennis cayó al suelo, gritando como una rata pillada en el quicio de una puerta. Pero no le solté.

—¿Quién le dio el dinero por matar a Hegan? Hable, Lenís, no tiene escapatoria —ordené.

Resistió un minuto todavía, con el rostro morado y los ojos saliéndoseles de las órbitas.

Y luego, de repente, comenzó a hablar.

—No lo hice yo, pero... permití que otros lo hicieran —murmuró.

—¿Quiénes eran los otros? —inquirí.

—Turner y Bronx Peralta. Les dejé penetrar en la biblioteca, desde los servicios instalados en el anexo. Después, cuando lo hubieron hecho, escaparon por una ventana de los lavabos y se reintegraron a su galería antes de que yo diese la alarma —confesó.

—Veremos si ellos corroboran su historia, Lennis. Hablaré con ellos...

—No podrá. Tendrá que confiar en mi palabra. Créame, no soy capaz de cometer un asesinato tan horroroso...

—Pero sí permitir que otros lo hagan en su presencia. Me da asco, Lennis. Dijo antes que no podría hablar con Turner y Peralta. ¿Por qué?

—Turner murió de unas fiebres infecciosas. En cuanto a Bronx Peralta, obtuvo la libertad —dijo.

Le puse en pie de un tirón y busqué el teléfono, empujándole ante mí.

Ya estaba comunicándome con la policía, cuando Lennis intentó revolverse.

O eso al menos creí, porque tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerle.

Pero de pronto comprendí que no había tratado de atacarme, sino de avisarme.

El viento penetrado por la ancha cristalera me hizo comprender así.

Antes de que pudiera sacar el «P-38», sonó un apagado «flap» y Lennis se estremeció y cayó al suelo, lanzando un lamento agudísimo.

El «flap» se repitió inmediatamente, algo pasó vibrando junto a mí y se clavó con fuerza en la pared.

Vi el dardo, profundamente hincado, en la pared y me estremecí.

Hice lo que mi instinto de conservación me dictaba: arrojar me al suelo de bruces.

El tercer dardo pasó silbando sobre mí y partió por la mitad una gran copa de mezclar licores.

La persona que había asesinado a Lennis utilizaba sin duda, una pistola de aire comprimido que lanzaba dardos de acero. Pero no una pistola cualquiera, sino un arma dotada de gran potencia, a juzgar por la profundidad con que quedaban clavados sobre superficie dura aquellos peligrosos instrumentos de muerte.

Aspiré profundamente. Y elevando con rapidez el revólver, disparé tres veces contra las cortinas en movimiento.

Luego todo quedó en silencio. Sólo las cortinas, agitadas por el viento, se movían a intervalos.

Me puse en pie despacio, procurando evitar cualquier rumor.

Confieso que tenía mucho miedo cuando llegué hasta la cristalera y aparté las cortinas de un manotazo.

La terraza estaba solitaria. En el pequeño jardín tampoco había nadie.

Entonces, liberada la tensión, salté al jardín y corrí hasta la calle.

El escape de un automóvil ronroneó cerca, detrás de la casa.

Pero cuando llegué allí solo pude distinguir la parte trasera de un automóvil gris que rodaba a gran velocidad, alejándose.

Hubiera jurado que era el mismo automóvil desde el que dispararon contra Cynthia y contra mí. Pero ni siquiera había podido tomar su matrícula.

Volví despacio al interior de la casa.

Miré el cuerpo de Lennis. Un dardo se había clavado en su garganta, traspasándola de parte a parte.

Me estremecí. Quienquiera que fuese el asesino había intentado matarme también a mí.

Me sentí rabioso, excitado hasta el máximo. Si no hieran matado a Lennis, yo estaba seguro de que él hubiera terminado confesando el nombre de la persona que le pagó por su complicidad.

Podía tratarse del propio Giuliano Ambrosi. Pero Ambrosi estaba muerto.

Y los muertos no disparan mortíferos dardos de acero capaces de clavarse en un muro hasta la mitad.

Hice una llamada telefónica y esperé hasta que los hombres de la sección de homicidios se hicieron cargo de la situación.

Hacia las cinco de la tarde, con el estómago vacío y un mal humor progresivo, llegué a mi apartamento.

¿Qué hace un hombre cansado y hambriento que llega a su casa?

En el vestíbulo me libré de la chaqueta, aflojé el nudo de mi corbata y desabroché el atalaje de mi revólver, arrojándolo sobre el diván.

Entonces se abrió la puerta de mi alcoba y apareció un individuo.

Como quiera que su aspecto no me pareció muy recomendable, salté hacia el diván con el ánimo de alcanzar mi revólver.

Algo de una dureza extraordinaria chocó contra mi sien izquierda. En principio pensé que me habían dado con una piedra, pero más tarde había de comprobar que se trataba lisa y llanamente de un puño como un piña piñonera.

Mis dedos se agitaron desesperadamente dentro de su estuche óseo. Rodé por el suelo, casi inconsciente.

—Tratadle con dulzura —oí, como entre sueños, que recomendaba alguien que tenía una voz extraordinariamente empalagosa.

Me sentí bruscamente elevado del suelo. Unas manos muy duras me abofetearon repetidamente, y mi cabeza osciló dolorosamente a un lado y otro como el péndulo de un reloj.

Una sensación fría me dio vigor suficiente para reaccionar, para volver a la consciencia y comprobar que... me estaban ahogando en la bañera.

Pataleé, forcejeé, tragué algunos buches de agua...

Ya creía morirme cuando me alzaron con rudeza y me arrastraron fuera del lavabo.

Luego las manos que me sujetaban dejaron de agarrarme. Me tambaleé y besé el santo suelo de forma no muy delicada.

Cuando abrí los ojos, el panorama no era muy alentador.

Cuatro hombres me rodeaban.

Tres de ellos eran jóvenes y bien plantados. Alabe mentalmente sus

azules chaquetas «Blazer» y sus pantalones claros, levemente acampanados.

El cuarto hombre era viejo.

Vestía con elegancia, igualmente, aunque a tono con su edad. Un traje oscuro, corbata, zapatos negros muy brillantes...

—Vamos, amigo mío —dijo con su voz lenta y suave como el silbido de una serpiente—. Levántese y charlemos.

Me levanté. Y salí pitando como un expreso contra el primero de aquellos elegantes jovencuelos.

Incluso logré golpearle en el estómago.

Pero lo que sucedió a continuación fue bastante desagradable.

Alguien me golpeó de canto en la nuca. Y después me rompió la nariz de un golpe similar.

En tan solo unos segundos me vi dando pasos absurdos de brazo en brazo.

Todos me tomaban con afecto y me despedían de un golpe certero, con el suficiente impulso para que pudiera llegar a los brazos del siguiente.

Finalmente quedé tan malparado que cuando me fui al suelo de nuevo no quise ni pensar en intentarlo por segunda vez.

—Carácter impetuoso, violento... —comentó el viejo—. Lástima. Vinimos en son de paz. Pero...

Entonces recordé de pronto.

Y elevándome sobre un codo, le señalé con un dedo.

—¡Charington! ¡Usted es Sweet Charington! —exclamé.

—Acertó, amigo mío. ¿En qué cóctel nos presentaron?

—preguntó con sorna Charington.

—Déjeme que recuerde. ¡Ah, sí! —murmuré—. Fue en una reunión celebrada en la comisaría de Brooklyn. Usted estaba en la rueda de detenidos, Sweet.

—Excelente, excelente —cloqueó gangosamente el viejo—. Muy buena memoria. Lo celebro. Su memoria le ayudará a recordar dónde escondió el cigarrillo.

Aspiré aire profundamente. Tenía que poner en orden mis ideas. Y sobre todo, encontrar una que me librase de recibir un balazo a manos de aquellos elegantes granujas.

—Hay un gran estuche en la biblioteca —dije—. Contiene casi quinientos cigarrillos.

—Danny, por favor —dijo Sweet, dirigiéndose a uno de sus pupilos.

Danny saltó sobre mí descaradamente y fue a la biblioteca. Al pasar, pude ver sus puños, gruesos como martillos pilones. Y comprendí enseguida que era en quien me había golpeado al entrar.

Tan rápidos se habían producido los acontecimientos que ni siquiera había tenido tiempo de cerrar la puerta del vestíbulo, que permanecía

entornada.

Danny tomó mi cigarrera y los demás se abalanzaron sobre ella.

En poco más de dos minutos, mis quinientos cigarrillos ingleses se habían convertido en un montoncito de hebras amarillas sobre la mesa.

—No trate de bromear —susurró Sweet—. Ambrosi habló conmigo hace algún tiempo. Y le señaló a usted como portador del cigarrillo... ¿Quiere decirme dónde podré encontrarlo?

No tuve más remedio que aceptar que aquello del cigarrillo no era ninguna broma.

Sobre todo en atención a lo que ocurrió un minuto después, visto que yo me sentía tan confuso que permanecí en silencio.

El hecho fue que Danny se acercó a mí por detrás, puso una rodilla sobre mi espalda e hizo palanca tirando hacia atrás de mi cabeza, que había tomado por la mandíbula con sus dos manazas.

Oí el espeluznante crujido de mis huesos cuando Danny comenzó a apretar.

Un estertor bronco comprimido, brotó de mis labios. Si el bestia de Danny, seguía apretando, mi espina dorsal se partiría como un palillo de dientes de un momento a otro.

A través de mis ojos, turbios en rojo, vislumbré el movimiento de la puerta del vestíbulo.

Unas piernas perfectas fue lo primero que vi. Siguiendo hacia arriba contemplé un lindo mini-short, un jersey azul muy ceñido y una carita ingenua, enmarada por una cabellera suelta y vaporosa.

El conjunto correspondía a una jovencita muy bella y desenfadada que... llevaba en la mano una pistola-ametralladora de largo cañón, al que se le había ajustado un tubo silenciador.

Todo esto lo vio en una fracción de segundo, al borde de mi resistencia, cuando ya mi espina dorsal estaba a punto de quebrarse.

Cerré los ojos. Sonó una detonación ahogada...

Unas gotas de líquido espeso y caliente cayeron sobre mi cogote, obligándome a estremecerme de repugnancia.

Abrí los ojos y vi a Danny en el suelo con un postrero gesto de asombro en su rostro. Estaba muerto. Una bala había penetrado por su pómulo izquierdo.

Sweet Charington había palidecido. En realidad, sus rosadas mejillas habían tomado el color de la cera.

Sus dos jóvenes granujas permanecían inmóviles como estatuas, mirando estúpidamente el cadáver de Danny.

Aunque tambaleante, logré ponerme en pie.

Entonces pude contemplar mejor a la mujer que acababa de salvarme la vida.

Era morena, esbelta, flexible cómo un junco. En su expresión había una

casi increíble inocencia.

Miré mi revólver, sobre el diván.

—Puede tomarlo, señor McGill —dijo con voz bien timbrada, avanzando dos pasos.

Un sudor frío perló mi frente. ¿Iba a disparar contra mí en cuanto intentase recuperar mi «P-38»?

CAPITULO X

—¿Ha venido por un cigarrillo? —pregunté, incongruentemente.

Vi que sus ojos castaños miraban estupefactos el montón de pitillos partidos sobre la mesa.

—Después —aseguró ella, sencillamente—. Creo que debería llamar a la policía. Esos individuos no parecen muy recomendables...

Murmuré algo entre dientes. ¿Qué se proponía la bella desconocida?

Mi dedos se posaron sobre la culata de mí revólver. Elevé el arma. Pero no sucedió nada.

—Me llamo Cheryl Smith, señor McGill —dijo la chica—. Vi la puerta abierta y entré. De una ojeada, pude comprobar que se encontraba en un apuro. Lo... lo siento... Creo que he matado a ese hombre.

La vi desplomarse sobre un sillón, de repente. Y estalló en sollozos.

—No... No tenía otra alternativa, señor McGill —hipó—. Comprendí que ese hombre le partiría por la mitad si seguía apretando. Y disparé. Soy campeona olímpica de tiro con pistola...

Lancé una corta carcajada.

Y le ofrecí un pañuelo.

—Tranquilícese —la animé, golpeándola suavemente en la espalda—. No tiene nada que temer. Lo hizo para ayudarme, ¿no? Despreocúpese; la policía es comprensiva en determinadas circunstancias.

Mis palabras, en lugar de confortarla, agudizaron su ataque histérico.

La acaricié, la besé suavemente en los labios, de forma irreflexiva.

Y entonces escuché el súbito rumor de una carrera.

Me había olvidado de Sweet Charington y sus dos granujas. Y los tres habían aprovechado mi momentánea distracción para escapar.

Cuando me puse en pie y corrí hacia la salida, las puertas del ascensor estaban cerrándose.

Volví junto a Cheryl Smith, que parecía haberse calmado un tanto y me miró con asombro.

—¿Los deja escapar? —murmuró.

—De nada serviría alborotar a todo el mundo —dije—. Escaparon y eso

es todo. La policía se ocupará del cadáver y también de buscar a esos indeseables.

En realidad, hubiera podido perseguir a Sweet y sus pistoleros con probabilidades de éxito, pero prefería que estuviesen sueltos. No me sería muy difícil controlar sus movimientos y espiarles.

Miré a Cheryl. No acababa de fiarme de ella. Su misteriosa y oportuna aparición, su mortífera puntería... todo aquello era altamente sospechoso, en mi opinión.

—¿Quién es usted exactamente, señorita Smith? —pregunté, sin dejar de empuñar mi revólver.

Su respuesta me produjo un escalofrío.

—Hasta hace unas horas era la novia de George Lennis. George deseaba me yo me casase con él, señor McGill.

Pensé en Lennis, cuarentón de escaso atractivo físico, con su nariz prominente y su rostro picado de viruelas.

—Iba a casarse con él..., ¿por dinero? —pregunté insidiosamente.

—Se equivoca, señor McGill. Frecuenté la compañía de Lennis porque sabía que mi hermana se había entrevistado con él en varias ocasiones. Y mi hermana desapareció misteriosamente hace algo más de un mes. Temo... Temo que haya sido asesinada.

—¿Asesinada? —me asombré—. ¿Por qué razón?

—Lo ignoro. Denuncié su desaparición ante la policía. Pero ella no apareció. Entonces decidí investigar por mi cuenta. Alguien me dijo que George Lennis y ella habían estado viéndose. Por eso acepté el galanteo de George. Quería introducirme en su vida, sonsacarle y... encontrar a mi hermana. Ahora, nada de eso será posible. Lennis ha muerto.

Me quedé estupefacto. ¿Era posible que la policía hubiera facilitado a la muchacha mi domicilio particular?

—¿Quién le dio mi dirección? —pregunté, suspicaz.

—Nadie. Me dirigía a la nueva casa de Lennis, cuando vi los coches policíacos aparcados en las proximidades. Me acerqué. Intenté entrar. Pero un «cop» me lo impidió. Pude asomarme por una ventana. Entonces le vi a usted. Estaba explicando a los demás cómo ocurrió la muerte de George. Cuando salió, le seguí en mi coche. Vi la placa en su buzón de correos y averigüé su nombre...

La historia era lógica y podía tomarse como verídica. Pero yo no podía fiarme a pesar de que los limpios ojos castaños de Cheryl me miraban rectamente sin sombras.

—Está bien —dijo, confuso—. ¿Dónde vive, dónde trabaja?

—Mi hermana y yo poseemos una villita en Hoboken. Pero desde que ella desapareció decidí tomar una habitación en el hotel Dewar. Mi trabajo es sencillo. Trabajo como dependiente en una *boutique* en Manhattan...

Clavó sus ojos en mí y su mirada se empañó con un brillo de lágrimas.

—¿Acaso... Acaso desconfía de mí? ¿Aun habiéndole salvado la vida?

Su mirada era tan pura, que sin ninguna razón me sentí inclinado a creerla, a tener fe en sus palabras.

—Está bien, señorita Smith. Será mejor que se vaya. Voy a llamar a la policía. Diré que Charington y sus hombres me atacaron en mi domicilio y tuve que disparar contra uno de ellos.

Abrió mucho los ojos, llena de sorpresa.

—¿Está dispuesto a hacer eso por... por mí? —exclamó.

Asentí.

—De esa forma se evitará la engorrosa molestia de comparecer ante la policía. Pero será mejor que deje de investigar por su cuenta.

—¿Cómo... cómo podría pagarle, señor McGill?

Sonreí.

—Llámame Mark. Es mi nombre de pila.

—De acuerdo..., Mark. Quisiera...

—Será mejor que te marches. Iré a verte mañana al hotel Dewar —dije, empujándola suavemente hacia la puerta.

Allí, Cheryl, se volvió de repente y me besó. Fue un beso suave, tímido, pero la caricia me hizo vibrar de pies a cabeza.

Cuando quise reaccionar, ella había ganado ya el ascensor.

Me pregunté entonces cuál había sido el verdadero motivo de la visita de Cheryl Smith.

¿Conseguir que la policía federal se interesase por el paradero de su hermana? Una hermana de la que yo ni quiera conocía el nombre.

Llamé por teléfono a míster Alciom y reporté mi informe.

Le oí despotricar durante unos instantes. Y como siempre, llegó la calma.

—No debió dejar escapar a Charington, Mark. Sí hubiéramos logrado tenerle en nuestras manos, le habríamos apretado las clavijas y obligado a confesar lo que sabe. Ahora pasarán cuatro o cinco días antes de que podamos echarle el guante —me regañó en tono suave.

—No es necesario, señor —observé—. Charington explota un local semiclandestino de juego en el Bowery. Si nombra a un par de muchachos para vigilar discretamente la timba, Sweet aparecerá por allí antes o después. ¿No cree que podemos obtener más de él espiándole que poniéndole a la sombra?

Su silencio me dijo sin palabras que estaba de acuerdo conmigo.

—Por otra parte —seguí—, si Charington pagó a Lennis por hacer la vista gorda ante el asesinato de Hegan, posiblemente *Bronx* Peralta vaya a entrevistarse con él en su garito. Y ello haría posible cazar dos pájaros de un tiro.

Estuvo de acuerdo. Y me prometió enviar a los de Homicidios en pocos minutos.

Los sanitarios sacaron discretamente el cadáver del robusto y elegante Danny, después de que los fotógrafos hubieran realizado sus fotos de rutina.

Cuando todos se fueron y mi apartamento quedó en solitario, yo me sentí deprimido. No en vano había asistido aquel día a la muerte violenta de dos hombres.

Tomé una ducha y comí sin ganas un emparedado. El pan estaba duro y el jamón correoso.

Fue entonces cuando se me ocurrió que un rato en la agradable compañía de Cynthia podía ser la mejor forma de relajar mis tensos nervios.

Marqué su número y esperé.

—Diga —habló alguien al otro lado. Y era una voz de hombre.

Las sienes comenzaron a zumbarme.

—¡Diga, diga...! —voceó el otro, impaciente.

—Lo... Lo siento —murmuré—. He debido equivocarme al marcar el número.

Colgué.

¿Cómo era posible?

Cynthia no tenía parientes en Nueva York. Ni siquiera amigos, a excepción de Vanessa.

¿Quién era, entonces, el hombre que había descolgado el teléfono?

Sentí mi garganta seca y mi frente sudorosa.

Ni siquiera experimentaba celos. Era temor, un temor profundo por la suerte que Cynthia pudiera estar corriendo en aquellos instantes.

Pensé en Giuliano Ambrosi, que había asaltado el hotelito de Queens. ¿No habrían visitado a Cynthia los matones de *Sweet* Charington, sospechando que ella guardase aquello que tanto les interesaba?

Charington buscaba un cigarrillo. ¿Podría darse nada más absurdo?

La experiencia, sin embargo, me impulsaba a tomar el asunto en serio.

Bajé a la carrera y conduje como un loco a lo largo de Nueva York.

Tres cuartos de hora más tarde, mi coche se detenía ante el hotelito de Cynthia Vernon. Se veía luz a través de una cristallera y todo parecía tranquilo.

Bajé del coche y cerré la puerta sin ruido, encaminándome a la casa. Antes de entrar, preferí rodear el pequeño jardín y tratar de escuchar una posible conversación en el interior de la casa.

Los sets estaban en completa oscuridad. De pronto tropecé con algo y caí.

Un foco se encendió en la fachada. Oí unos pasos precipitados. Y Cynthia apareció ante mí.

—¡Mark...! —exclamó—. ¿Qué haces ahí, en el suelo...?

Me sentía ridículo, pero satisfecho. ¡Cynthia parecía extraordinariamente tranquila...!

Me levanté, tanteando el suelo. Y mis dedos apresaron el fino bramante que rodeaba, tenso, el hotelito.

—Un sencillo y práctico sistema de alarma —comenté.

—¡Ah, eso! —rió ella—. Lo vi en una película y decidí copiarlo. Ya sabes, la televisión está previniéndonos siempre contra los ladrones y los salteadores nocturnos. Cada vez que alguien tropieza con el cable, se enciende el foco de la fachada y un timbre suena en el interior. Vamos, Mark, ven conmigo. Quiero que me expliques por qué decidiste entrar por el jardín en lugar de hacerlo por la puerta.

La tomé del brazo y entramos. Ella sirvió dos martinis y me ofreció un cigarrillo.

En el cenicero, un excelente habano humeaba, a medio consumir.

Le expliqué mis temores. Ella me escuchaba con atención. Y de pronto soltó una carcajada.

—¡Mi pobre Mark —exclamó, risueña—. El hombre al que escuchaste es un venerable anciano y responde al nombre de mister Thomas Culbert. Es el coordinador del Comité Pro Libertad Vigilada de Nueva York. Viene una vez al mes para cambiar impresiones conmigo. Acerca de mi trabajo, ¿sabes?

Suspiré con fuerza, mi tensión cedió. Ella pudo percibir perfectamente mi relajamiento.

—¡Oh, Mark! —susurró—. Has estado preocupado por mí, ¿es cierto? —dijo con una sonrisa. Y me besó apretadamente en los labios.

Empecé a ronronear, satisfecho. Mis sentidos llegaron a un grado de excitación excesivo con la palpitante proximidad del cuerpo de Cynthia.

—Espera —dijo—. Voy a cambiar mi vestido por ropa más cómoda. Pasaremos la velada viendo la televisión, querido Mark. Y hablaremos. Tengo muchas cosas de qué hablar.

Volvió unos minutos después. Al verla aparecer en la puerta de su alcoba, me puse en pie de un respingo.

¡Cynthia, mi bella Cynthia, cómo sabía excitarme...!

Vestía una *negligé* muy corta, color carne, que velaba apenas su cuerpo de grasa.

Se dejó caer en el diván, muy cerca de mí. Y su aroma me enardecía aún más.

Había conectado el televisor. En la pantalla, el equipo de los Giants jugaba contra el de los Jets en una confrontación de inicio de temporada.

¡Al diablo los Jets, los Giants y todos los equipos del mundo! Yo solo tenía ojos para mirar a Cynthia, mi adorada y electrizante Cynthia.

—He estado pensando en lo nuestro, Mark. Te quiero ¿Has decidido algo respecto a nuestro porvenir? —preguntó.

Me ofrecía, mimosa, los labios.

Como hipnotizado, la tomé por la cintura y la apreté contra mí.

Un volcán pareció estallar en mi interior.

—¿Qué podemos hacer, amor mío, sino casarnos? ¡Te quiero, te quiero, te quiero con locura...! —murmuré.

Su cuerpo se me rindió sobre el diván.

Me incliné sobre ella, dominado por el deseo...

Un leve destello en sus ojos dorados debió servirme de advertencia. Lo que creí un gesto apasionado, era algo muy diferente.

Algo chocó violentamente contra mi cabeza.

El golpe resonó en mi cerebro como un enorme gong. Resbalé del diván y caí sobre la alfombra.

Pero no perdí el conocimiento absolutamente, aunque fui incapaz de moverme, de reaccionar.

A través de los párpados vi aparecer unas piernas enfundadas en pantalones, unos zapatos de puntera cuadrada...

Luego el cenicero-estatuilla de Cynthia volvió a golpearme en la sien izquierda.

—¡Al fin...! —gruñó una voz cavernosa, junto a mí.

En aquel instante me sumergí en el mundo de la inconsciencia.

CAPITULO XI

Mi cuerpo, mis percepciones físicas, habían dejado de existir.

Tampoco mi mente funcionaba. Mis pensamientos, inconexos, me atormentaban.

¡Cynthia, Cynthia, Cynthia...! clamaba mi corazón.

Traidora y víbora, raposa infiel y rata de cloaca. ¡Me había estado mintiendo...!

¡Ah, Dios misericordioso, si yo estuviera vivo...! La habría destrozado entre mis manos, hubiera apretado su cuello de cisne entre mis dedos hasta que todo vestigio de vida hubiera huido de su cuerpo perfecto.

Aquella sensación vaga imprecisa... ¿podía significar que aún quedaba un átomo de vida en mí?

Pero... solo podía existir desesperación para mí. ¿No sostenían algunos expertos neurólogos que las células grises del cerebro contienen vida algunas horas después, incluso, de haber muerto una persona?

Yo debía estar muerto.

No tenía consciencia de mi parte física. No tenía manos, ni piernas ni ojos...

No veía nada. Mi mundo era ya, pues, un mundo de sombras.

Pero he aquí que entonces un rumor llegó hasta mis oídos. Un chirrido desagradable y luego unos pasos pausados, aproximándose...

Mis células grises debieron estremecerse de alegría. Si podía oír, ¿no existía todavía una esperanza para mí...?

—¡Vamos, Mark, habla! Tú sabes lo que queremos. Habla, habla, habla...

¿Qué podía decir? ¡Mis labios no tenían vida...!

—¡Estúpidos! Os habéis pasado en la dosis. Tiene el pulso muy débil. ¡Podíais haberle matado antes... antes de que pueda hablar!

¿Era la voz de Cynthia hablándome desde el Más Allá?

Mis oídos seguían percibiendo sonidos extraños: el leve frote de un masaje, el gorgoteo apenas perceptible de una jeringuilla absorbiendo el líquido de una ampolla, el crujido suave de una camisa.

Súbitamente una inaguantable sensación de calor inundó mi ser.

—Veremos... Tal vez se recupere.

¡Ahora sí! Volvía a tener brazos, piernas, cabeza... aunque no podía elevar los párpados.

La sensación de vida llegó como un torrente de energía. Incluso sentí sobre mi rostro ardiente la caricia de unos dedos finos, fríos...

—Mark, querido, tienes que recordar. ¿Lo harás, no es cierto? Sé que harás un esfuerzo por tu adorable Cynthia. ¡Vamos! Concéntrate. Fue aquella segunda noche que estuvimos juntos, en el hotelito. Tú me ofreciste un paquete de «Tareyton», ¿recuerdas?

—¡Sí! —murmuré—. Cynthia, pequeña...

Un pañuelo enjugó el sudor de mi frente.

—Muy bien, Mark, Cuando te devolví el paquete, yo había agregado un nuevo cigarrillo a la cajetilla, pero tú no pudiste verlo. Ahora, Mark, piensa... ¿Qué hiciste con aquel cigarrillo? ¿Lo escondiste?

La cabeza comenzó a dolerme terriblemente. Yo estaba sugestionado por aquella voz dulce, placentera, que se introducía hasta mi cerebro a través de los oídos.

—No —denegué—. No escondí...

—¿Se lo diste a alguien? No temas, Mark. Soy yo, tu pequeña Cynthia. Te amo. Pero tienes que responderme, pensar... Lo descubriste, viste que era distinto a los demás cigarrillos, ¿verdad? ¿Qué hiciste con él?

Un caos terrible inundaba mis pensamientos, mi subconsciente.

Agité mi cabeza de un lado a otro, locamente.

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé...!

—¡Lo has perdido, imbécil, lo has perdido! —resonó la voz de Cynthia, cargada de rencor—. Ahora comprendo que cometí un error usándote como transporte.

—Señorita Lombardi, será mejor que lo deje de mi cuenta —era una voz nueva, aunque familiar, que se expresaba pausadamente, sin nervio.

—No logrará nada, Koote.

—Volveré a inyectarle.

—Morirá.

—Eso no tiene importancia, señorita Lombardi. Sabe que lo mataría con tal de saber lo que nos interesa...

Oí unos pasos rápidos, nerviosos.

—Está bien —la voz femenina sonaba cargada de ira—. Haga lo que quiera. ¿Qué piensa hacer con su... cuerpo, con Charington y los otros? Yo los maté. Pero me repugna enterrar cadáveres.

—Me ocuparé de ello. El océano será un buen lugar para hacerlo. Hay tiburones. Los escualos se encargarán de hacer desaparecer cualquier vestigio. ¿Qué, piensa hacer ahora, señorita Lombardi?

—Tengo que calmar a Stephanov. Ha estado llamándome durante todo el día. Está impaciente. Asegura que abandonará el país y cortará toda

relación conmigo si no le entrego la cápsula que contenía el cigarrillo antes de cuarenta y ocho horas. ¡Haga algo, Koote! Perderemos una fortuna si ese condenado G-Man no habla...

—Déjelo en mis manos, señorita Lombardi. Si McGill sabe algo, yo lograré que lo traduzca en palabras inteligibles.

Una puerta batió con fuerza sobre su marco. Los pasos femeninos se alejaron, difuminándose el rumor en la distancia.

—Dame la jeringuilla, Wastley —dijo Koote.

—Jefe, ese tipo la palmará si...

—Haz lo que te he dicho. El pentothal rebajará su resistencia. Es un hombre muy fuerte, preparado para resistir... ¡pero yo doblaré su resistencia! Vamos, la jeringuilla.

De nuevo llegó a mis oídos el gorgoteo de la jeringuilla absorbiendo un líquido.

Luego un leve pinchazo en el brazo.

Poco a poco las sensaciones huyeron de mí.

Dejé de sentir calor, de tener consciencia de que poseía unos brazos, unas piernas...

Luego, incluso los sonidos dejaron de impresionar mi cerebro.

Empecé un lento camino hacia la muerte.

* * *

—Yo diría que está muerto, jefe —murmuró Wastley, frunciendo los labios.

La jeringuilla se quebró entre los dedos amarillentos de Aloysius Koote. Pero no despotricó ni manifestó su mal humor de otra forma.

Durante un par de minutos, sus ojos de pez estuvieron contemplando, el cuerpo tendido sobre una mesa.

Luego miró a Cook, a Davis y Wastley, sus tres hombres de fuerza.

—Davis irá por el camión —indicó monótonamente—. Traerás un gran cajón o un *container*. Y cargaremos los cuatro cadáveres...

—¿Qué piensa hacer con ellos, jefe? —preguntó Wastley, inseguro.

—¿Tienes miedo?

—No es eso... Pero los «fiambres»...

—Tranquilízate. Los llevaremos al embarcadero de Bridgeport. Es un lugar tranquilo y poco frecuentado. Hay allí un tipo que suele alquilar su viejo remolcador...

—¡Handy Jameston! —exclamó Cook—. Le conocemos. Un granuja de lo más fino.

—Perfecto. Hablaré con él. O, mejor, lo harás tú, Wastley. Le ofrecerás cien dólares por dar un pequeño paseo en su remolcador. Vamos, Davis. Ve

por el camión. Esperaremos...

* * *

Al amanecer, la animación habitual volvió al puerto de Bridgeport.

Las grúas comenzaron a halar grandes pesos que eran depositados en las bodegas de los cargueros, mientras los marineros engrasaban las máquinas y bromeaban en cubierta.

Más allá, había un dique de doscientos metros dedicado a los remolcadores.

Un camión de pequeño tonelaje se detuvo en el dique.

Detrás de él, un automóvil gris se estacionó a alguna distancia y un hombre bajó y se puso a gritar algo al marinero que fumaba su pipa sobre la popa de un viejo remolcador, casi convertido en chatarra.

El marinero subió al dique. Finalmente asintió y guardó algo apresuradamente en su pantalón manchado de grasa.

Algunos minutos después una grúa elevaba un gran cajón de madera. El descomunal gancho de hierro había sido enganchado muy aprisa, por unas manos nerviosas; las de Wastley, que empezaba a dejarse dominar por el pánico.

El cajón se balanceó a cuatro metros de altura. Y de repente, las maromas que lo sujetaban se salieron del gancho.

Las gruesas tablas se convirtieron en astillas al chocar el cajón contra los adoquines del pavimento.

Un automóvil de vigilancia portuaria se acercó al dique.

Asombrados, los dos agentes de uniforme contemplaron los cuatro cuerpos que aparecían en grotescas posturas entre las astillas.

Koote había palidecido un poco más, si ello era posible.

—Da la vuelta, estúpido —ordenó a Cook, que se había sentado tras el volante—. Aprisa o nos atraparán aquí mismo.

Cook maldijo contenidamente. El dique no era suficientemente ancho como para dar la vuelta con una rápida maniobra.

—Pasaremos —murmuró, rabioso.

Metió la marcha atrás y embragó de golpe. Los neumáticos del coche gris patinaron sobre el pavimento engrasado, el automóvil se inclinó peligrosamente y su trasera emergió más allá del borde del dique.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó uno de los vigilantes portuarios, mientras bajaba del coche patrullero y desenfundaba su pistola de reglamento.

Koote perdió la serenidad. Sin recordar que tenía metida la marcha atrás, aceleró a fondo.

El coche gris dio un salto y se precipitó a las aguas.

Al amanecer, en el puerto de Bridgeport, resonaron los silbatos de los vigilantes.

Veinte minutos después, una gran muchedumbre se agolpaba en el dique, contenida a duras penas por una docena de agentes policíacos.

—¡Aquí, teniente! —gritó uno de ellos, que estaba observando los cuatro cadáveres entre el montón de astillas.

Un oficial se abrió paso entre los mirones y llegó junto a él.

—Este hombre —dijo el agente—. Le he visto mover los labios. Yo diría que está vivo aún.

Una ambulancia penetró, marcha atrás, en el dique. Poco después su sirena le abría paso a lo largo de los muelles.

Cuatro hombres-rana saltaron al agua y halaron de un cable de acero para recuperar el automóvil sumergido.

Los mirones prorrumpieron en aullidos de asombro cuando la grúa elevó al vehículo, chorreando, hasta el muelle.

Dentro del coche solo había cuatro cadáveres.

Los de Aloysius Koote, Wastley, Cook y Davis.

CAPITULO XII

—Es milagroso —dijo el hombre vestido con una pulcra bata blanca—. McGill recibió hasta tres dosis de pentothal en menos de tres horas. En realidad debería estar muerto. Pero ahí lo tienen. Es posible que recobre el conocimiento dentro de unos minutos. Les dejo con él. Avísenme si necesitan algo.

Abrí los ojos.

Todo era blanco a mi alrededor.

Incluso los rostros de míster Alciom, de Glen, de Francis y de... la bonita Cheryl Smith, que permanecía inclinada sobre mi cama, mirándome con ansiedad.

—Ajá —dijo míster Alciom—. Veo que eso va mejor, muchacho.

Glen tomó mi mano y la apretó. Francis puso su morena mano sobre mi hombro.

Un calorcillo agradable recorrió mis venas.

Era agradable comprender que uno estaba vivo.

Quise hablar, incorporarme... Pero tuve que dejarme caer sobre la cama con un reniego.

¡No podía! Me sentía tan débil e indefenso como un niño.

—No tema, Mark. Está fuera de peligro. En pocos días le habrán fortalecido de forma que pueda valerse por sí mismo. Entretanto, descanse.

Nada de preguntas, nada de molestias.

Me sentí enormemente agradecido por aquella delicadeza.

Miré a Cheryl. Sonreía levemente, con timidez.

—Míster Alciom tuvo la bondad de dejarme venir —aseguró, como disculpándose—. Fui a verle anoche. Temía... Temía por usted, Mark.

Era muy agradable la mirada cálida de sus ojos castaños.

—Volveremos mañana, Mark —aseguró el jefe—. Tal vez entonces pueda recordar algo interesante.

Asentí, sin palabras. Unos minutos más tarde abandonaban mi habitación del hospital.

Cheryl agitó una mano desde la puerta y me envió un beso con la

puntita de sus dedos.

Luego entró una enfermera de madura edad, me alzó la manga del pijama y me inyectó algo.

Una agradable somnolencia se apoderó de mí. Cerré los ojos y me olvidé de todo.

* * *

Al día siguiente me puse en pie y comprobé con júbilo que podía mantenerme sobre mis piernas.

Pero había algo mejor, mucho mejor. Podía pensar.

Había pasado toda la noche pensando.

Me había inyectado pentothal a dosis masivas, mortales de necesidad. Pero estaba vivo y podía elaborar ideas.

El corazón se me apretaba pensando en Cynthia, en su carita de muñeca, sus ojos ora dorados, ora verdes; en su cuerpo maravilloso y tentador.

Apreté los labios. Tenía que desterrar a Cynthia de mi corazón. Y lo conseguiría.

Había algo bullendo en mi cerebro, rabiando por aflorar a la superficie. Pero no podía poner en orden mis ideas.

Lo único que recordaba a la perfección era la escena del diván, cuando alguien me golpeó repetidamente en el cráneo.

¿Qué había ocurrido a partir de allí?

Me estrujé las sienes.

Y de pronto di un grito y me puse a pasear agitadamente por mi habitación.

Una enfermera jovencita empujó la puerta y lanzó un chillido al verme en pie.

—Por favor, por favor, acuéstese, ¿o quiere enfermar? Está muy débil. Ni siquiera puede mantenerse en pie —dijo, empujándome suavemente hacia el lecho.

Mi carcajada debió sorprenderla mucho, a juzgar por su expresión de intenso asombro.

—Despreocúpese, bombón. Estoy bien. Avise al doctor. Quiero el alta —aseguré, haciéndola girar hacia la puerta.

Sólo logré el alta cuando míster Alciom llegó al hospital, hacia las once.

Venía solo y eso facilitó las cosas. Cuando le hube convencido de que podía mantenerme en pie, se avino a escucharme.

—Empezaré, señor, por el motivo que mueve a toda esa gente. Buscan un cigarrillo. Charington, ya muerto, quería un cigarrillo muy especial. Lo que no podía comprender es cómo suponía que ese cigarrillo estaba en mi

poder...

Pero la propia Cynthia Vernon, o señorita Lombardi como Aloysius Koote la había llamado, se había encargado de aclarármelo.

—Miss Vernon introdujo ese cigarrillo en mi paquete cuando la invité a fumar. Dentro del cigarrillo debía haber una pequeña cápsula...

—Extraño. ¿Qué puede contener esa cápsula? —murmuró Alciom.

—Aún no lo sé. Pero lo imagino. Una microfotografía de la espalda de Hegan. ¿Recuerda que Buck Hegan tenía tatuada la espalda? Había allí algo semejante al dibujo de una fórmula. Por eso le mataron. Y por eso, le borraron su tatuaje con una dosis abundante de vitriolo.

Alciom se había sentado sobre el borde de la cama mientras yo paseaba nervioso, a lo largo de la habitación.

—Parece estúpido que ella se desprendiese de algo valioso para dárselo a usted —indicó.

—Es cierto. Pero ahora sé que *Sweet* Charington andaba tras el secreto de Hegan. Tal vez ella tuvo miedo. Es posible que aquella noche viese algo a través del cristalera. Un espía de Sweet, por ejemplo. Debió decidir que el microfilm estaba más seguro en poder de un G-Man... temporalmente.

También Alciom se había puesto en pie. Me detuvo por un hombro. Sus ojos, ocultos tras las gafas oscuras, me miraban con gran interés, casi con excitación.

—¡El accidente! El avión que se estrelló cuando les transportaba a Atlantic City...

—Eso he pensado. El accidente fue provocado matemáticamente para que el aparato cayera en un área determinada. Luego surgió la emboscada con aquellos pistoleros disfrazados de labriegos. Recuerdo... ¡Sé que sentí una gran ansiedad por fumar un cigarrillo!. Mi paquete estaba completamente mojado y... ¡lo tiré, lo arrojé al suelo!

—¿Recuerda el lugar? —preguntó inmediatamente mi jefe—. ¡Hemos de recuperar ese microfilme!

Me encogí de hombros abatido.

Habían transcurrido más de cuarenta días. ¿Podíamos confiar en encontrar en uno de los caminos del maizal un arrugado paquete de cigarrillos?

Se lo dije a míster Alciom.

—A pesar de ello —respondió—. Vamos a intentarlo, ahora mismo. Hablaré con el doctor Taver y obtendremos el alta. Tiene que guiarnos hasta allí Mark.

Alciom lo arregló todo rápidamente.

Poco después aparecieron Glen y Francis. Alciom habló con ellos

brevemente.

—Hablen con Edward Barry. Necesito urgentemente todos los hombres disponibles y los automóviles necesarios. McGill estará listo en unos minutos.

Me trajeron un traje que me estaba ancho y no concordaba mucho con mis gustos, ya que mis ropas estaban destrozadas.

Hacia las doce del mediodía, cuatro automóviles del FBI abandonaron la gran metrópoli, encaminándose al lugar.

La búsqueda debía partir desde Kiglow, puesto que es allí donde habíamos llegado la noche del aterrizaje forzoso en primer lugar. Yo sabía que solo así, recorriendo el camino a la inversa, podría orientarme.

Había llovido y hacía un calor pegajoso, agobiante.

Los automóviles rodaban sobre los barrizales de los caminos.

De cuando en cuando hacíamos una parada, lo bajaba y trataba de orientarme.

Todo fue bien hasta llegar a la plantación.

Pero allí comenzaron las dificultades; había docenas de caminos a través de los plantíos. Para mayor desgracia, el maizal había sido segado y aquello alteraba la configuración que yo conocía del lugar.

Una veintena de policías federales echaron pie a tierra y comenzaron a registrar todos los caminos.

Yo recordaba aquella noche llena de incidencias y de lances peligrosos y rememoraba en mi mente la espantosa visión del gran danés, babeante, sus feroces mandíbulas ansiosas por destrozar mi carne...

Dos horas transcurrieron lentamente en la desesperada búsqueda.

Ya desesperaba de encontrar algo más que una insolación, cuando reconocí perfectamente una curva del camino. ¡Allí me había detenido para pedir a mis compañeros un cigarrillo!

Di un grito de júbilo, al distinguir la mancha rojiza del paquete de «Tareyton», semioculto entre los rescos hierbajos que bordeaban el camino.

Lo cogí en mis manos. Los cigarrillos, partidos y rescos, se deshacían entre mis dedos.

Entre las hebras amarillas apareció aquel diminuto tubo. Y dentro del tubo, una microfotografía de apenas dos centímetros.

En silencio, emocionado, se la tendí a míster Alciom.

—Muy bien, Mark. He aquí la aguja en el pajar. Vamos, debemos volver. En el laboratorio nos dirán de que se trata con exactitud —dijo.

Lo supimos aquella misma tarde. Se trataba de la fórmula que hacía posible la obtención de oxígeno a partir de las rocas lunares.

—Los documento originales fueron robados de una oficina del Strategic Air Comand, en Washington, hace unos tres meses. El

Pentágono mantuvo el asunto en secreto, pero no recuperaron los documentos, que fueron robados mediante un audaz golpe de mano perpetrado por varios hombres —informó mi jefe.

—Hegan fue uno de ellos, con toda probabilidad —dije.

—Así puede suponerse, como también Hoquiam... —asintió—. Hegan era un asesino nato. Debió pensar que podía hacerse inmensamente rico si evitaba compartir su botín con los demás. Debió deshacerse de los otros, de la misma forma que mató a Hoquiam. Y antes de ser detenido, no sabiendo cómo poder asegurarse el silencio alrededor de su valioso secreto, tuvo la peregrina idea de hacerse tatuar en la espalda el contenido de los documentos. Quemó, con toda probabilidad, el original, y se dispuso a esperar pacientemente a que le detuvieran. La cárcel sería para él un lugar seguro durante algún tiempo. Pero se equivocó. Su muerte debió ser horrible. Y jamás se aprovechó de su secreto.

CAPITULO XIII

Miré a míster Alciom en silencio, lleno de asombro.

En realidad, yo nunca había sospechado que se tratase de un *affaire* tan importante.

Ahora, la personalidad de la bellísima Cynthia se me aparecía como rodeada de un aura diabólica, infernal.

Una mujer mil veces inteligente, una perfecta actriz, una criatura bellísima, sí. Pero también maligna.

De acuerdo con míster Alciom, decidí llamar a Ted Dunney, el dibujante.

Tenía una idea entre ceja y ceja y no me sentiría tranquilo hasta haberla comprobado en sus menores detalles.

Explicué a Dunney lo que esperaba de él; unos dibujos a partir de ciertas descripciones.

Cuando Dunney tomó sus carboncillos y su bloc de dibujo, fui describiendo en voz alta a Cynthia Vernon, recordando sus facciones con la mayor fidelidad posible.

Dunney trazaba rápidamente los rasgos, con mano segura, experta.

Minutos después logré comunicarme con Terry Brown, el piloto del avión policíaco.

Comprendí que esta asustado cuando le tuve en la oficina.

Sin embargo, recobró su aplomo cuando le dije:

—Es solo una descripción, Terry. ¿Cree que podría recordar las facciones a mujer que le abordó en las pistas, cuando preparaba el avión para el despegue?

—¿Se refiere a la pelirroja? —exclamó—. ¡Rayos, sí! Nunca olvidaré que estuvimos a punto de morir por su culpa.

La recordó con bastante fidelidad, en honor a la verdad. Pendiente de sus palabras, Dunney realizó el trabajo.

Míster Alciom, que contemplaba todo aquello muy lento, mirando por encima del hombro del dibujante, no pudo contener la exclamación.

—¡Demonios! Yo diría... Sí, salvo algunos detalles sin importancia, esas

dos mujeres... ¡son la misma!

Era lo que yo necesitaba saber. Pero todavía quise asegurarme más.

Aquella misma tarde, Glen y Francis acompañaron a Dunney a la ciudad de Kiglow y se entrevistaron con Lisa Barton.

El motivo de su visita no era otro que lograr una litografía o la descripción de Carola Lombardi. No pudieron conseguir lo primero, pero sí lo segundo.

El dibujo resultante difería igualmente en algunos detalles del maquillaje, de los cabellos. Y sobraban las gafas. Pero representaban a la misma mujer.

Se cumplía mi hipótesis: Cynthia Vernon, la Lombardi, la pelirroja del aeropuerto y la misteriosa dama de Kiglow eran la misma persona.

En la oficina, Glen introdujo un conjunto de los cuatro dibujos en la computadora, añadiendo algunos datos complementarios.

Por desgracia, nuestros ficheros no arrojaron ningún luz sobre el caso.

Entonces decidí hacer una visita al hotelito de Queens. No es que esperase en verdad encontrar a la diabólica Cynthia, pero sí abrigaba la esperanza de encontrar algo valioso.

Bajamos del coche y nos dirigimos al porche de entrada.

Ya apoyaba mis dedos sobre la puerta, cuando mi detuve y retrocedí. No puedo explicarme cómo se engendró aquella sospecha en mi interior. En cualquier caso, mi desconfianza nos salvó la vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Glen, tomándome de un codo.

—No lo sé —respondí confuso.

Les obligué a retroceder. Rodeamos la casa y nos aproximamos al muro, procurando evitar el cable.

Saqué el revólver y rompí un cristal expeditivamente. Un momento después penetrábamos en la casa.

Atravesé el *living* y me dirigí al vestíbulo.

Mis ojos se elevaron arriba, al dintel de la puerta. Allí estaba el paquete. Seis cartuchos de dinamita de los empleados en minería, dotados de un sistema de ignición a contacto.

Desarmé el petardo, subido en una silla, y lo mostré a mis compañeros.

Hubiera bastado empujar la puerta y... ¡zas!

Glen y Francis tragarón saliva. Estaban pensando lo mismo que yo.

—Verdaderamente diabólica —murmuré.

Glen y Francis comenzaron a registrar sistemáticamente la casa. El hotelito permanecía amueblado y cada cosa en su sitio. Pero habían desaparecido todos los detalles personales, como libros, cuadernos y notas. También los armarios aparecían vacíos.

Ya desesperábamos de encontrar algo valioso, cuando Francis Temple nos avisó con un grito.

—¡Venid! Estoy en la cocina.

Estaba junto al incinerador de basuras. Alguien había puesto en marcha el aparato, antes de desalojar la casa. Pero el horno había sido apagado antes de tiempo, por lo que habían quedado algunos fragmentos a medio quemar sobre las cenizas.

Glen D'Arcano tomó algunos restos de cartulina con sumo cuidado y los depositó sobre la cocina.

Uno de los pedazos correspondía a una tarjeta. En el pico superior se veía un escudo y las palabras «Continental Motor Inn Hot...».

—Continental Motor Inn Hotel —dijo Francis—. Está en Lexington, lo conozco.

Había algunos trazos de palabras no completas. Pude leer «import...» «discret...», «11 p.m., today».

Glen estaba observando otro de aquellos restos carbonizados.

—Parece un programa-guía o algo semejante —murmuró.

Era un folleto explicativo de una exposición pictórica, según pude deducir.

—Llama al hotel y pregunta todo lo que se te ocurra —dije a Glen—. Es posible que celebren allí alguna exposición o algo semejante.

Entretanto, Francis y yo seguimos estudiando aquellos restos. Con poca suerte.

Glen regresó al *living* un minuto más tarde. Sonreía.

—Acertaste, Mark. A las once se inaugura una exposición de pintura. Los cuadros son de un tal Yuri Stephanov...

—¿Cómo has dicho? —pregunté, aferrando a Glen por los hombros, tan bruscamente que debí hacerle daño.

—Yuri Stephanov... —repitió Glen, confuso.

Stephanov...

¡Yo había escuchado aquel nombre...!

«Tengo que llamar a Stephanov —resonaron en mi cerebro las palabras de Cynthia—. Ha estado llamándome todo el día. Estará impaciente... Perderemos una fortuna, ¡perderemos una fortuna, perderemos...!»

Me froté las sienes, excitado y nervioso.

—Creo que ya sé dónde podemos buscar a nuestra preciosa chica —dijo lentamente, sintiéndome blanco de las miradas de mis dos compañeros.

Glen recogió aquellos restos en un sobre y lo guardó.

Ya nos disponíamos a abandonar la casa, cuando Francis asió el cierre de la puerta de la cocina que daba al exterior y salió al jardín.

—¡Eh, aquí hay algo interesante! —exclamó.

Lo que había descubierto era un pequeño garaje independiente.

La puerta estaba cerrada, pero fue fácil abrirla al cabo de algunos empujones.

El garaje estaba vacío, a excepción de algunos envases de aceite.

Disponía incluso de un foso en el centro tapado con unas tablas.

Levanté las tablas.

—Es curioso. ¿Quién podría trabajar ahí, sino un liliputiense? —comentó Francis.

Era cierto. El foso apenas tenía una profundidad de medio metro.

Pero el efecto era engañoso. En el fondo había unas tablas. Glen bajó y alzó una de ellas.

Inmediatamente, un hedor insoportable se expandió por el aire.

Glen murmuró un taco y saltó a la superficie.

—Un cadáver. En avanzado estado de descomposición —murmuró, asqueado.

Consulté mi reloj. Apenas eran las nueve de la noche.

Llamé por teléfono a míster Alciom y me prometió estar en Queens lo más rápidamente posible.

Volví al garaje. Estaba preguntándome si aquel cadáver no pertenecería a Vanessa, la bella mujer morena que encontré una noche desnuda y desvanecida en aquel mismo hotelito.

CAPITULO XIV

Los sanitarios tuvieron que ponerse mascarillas para poder extraer el cadáver del foso.

Cuando los pobres despojos reposaron sobre una camilla, tuve que apartar mi mirada, impresionado.

Pero uno de los enfermeros vino hacia mí y me mostró algo en la mano. Era un pequeño monedero.

—Resbaló de un bolsillo —dijo—. Tal vez sea importante.

Salí afuera, al jardín.

Sentí cierta repugnancia al notar el tacto viscoso, húmedo, del cuero.

Lo abrí.

Había algunas monedas sueltas. Y un pase especial para poder visitar a varios presos en la penitenciaría del Estado.

Aquella mujer, cuya foto figuraba en el documento, era Vanessa. Vanessa Smith.

Di un respingo de sorpresa. En realidad, el hallazgo del cadáver de Vanessa no había significado ninguna sorpresa para mí. Lo esperaba.

Pero bastaba recordar que Cheryl se llamaba Smith de apellido para establecer un nexo de unión.

Es decir, Cheryl y Vanessa eran hermanas.

Por si quedaba alguna duda, en el pase se especificaba la profesión de Vanessa: Asistente social, encargada de asistir a varios presos. Entre ellos a Turner y a Bronx Peralta, los asesinos Buck Hegan.

Dos automóviles se detuvieron en aquel instante ante el hotelito.

Vi bajar a míster Alciom, seguido de Huxley, el fiscal del distrito.

Informé sucintamente del hallazgo y me retiré a hablar con mi jefe.

—Es fácil establecer lo que ocurrió —dije—. Cynthia Vernon solo disponía de un medio para entrar en la prisión y ponerse en contacto con Hegan. Conoció en el vestíbulo de la prisión a Vanessa Smith. Y decidió utilizar su pase. La primera vez que vi a Vanessa...

La recordaba perfectamente, desnuda sobre la cama, con las facciones palidísimas, exangües.

—Cynthia me hizo creer que Vanessa era diabética. En realidad, la mantenía sometida por medio de drogas. Es horrible. Esa pobre mujer debió sufrir espantosamente durante los días que pasó viva en esta casa. Cynthia se apoderó de su pase. No debió ser muy difícil cambiar la foto de Vanessa por una de ella.

—Es cierto —asintió Alciom—. La cartulina ha sido perforada por las grapas varias veces. Pero si habló con Hegan, ¿cómo se entiende que lo matase?

—Lennis —indiqué—. Había sobornado a Lennis. Y seguramente le había entregado una cámara microfilme. Una vez fotografiada la espalda de Hegan, Cynthia decidió borrar aquel secreto tatuado sobre la epidermis del presidiario. Para ello se entrevistó varias veces con Turner y Peralta y les convenció para cometer el asesinato...

El fiscal había ordenado ya el levantamiento del cadáver. Poco después la ambulancia se alejó haciendo sonar su sirena.

—Tendremos que avisar a esa pobre chica, Cheryl Smith —dijo míster Alciom con voz átona—. ¿Querrá encargarse de ello? Cheryl tendrá que reconocer el cadáver, sus ropas...

Tragué saliva. No iba a ser fácil. Pero accedí.

—Hay algo más —dije—. Y le hablé de los restos carbonizados que habíamos encontrado en el incinerador de la cocina.

Penetramos en la casa. Mi jefe estuvo observando los fragmentos de cartulina y papel que Glen había guardado en un sobre.

—Será mejor que vaya a entrevistarse con Cheryl Smith. Vuelva inmediatamente a la oficina. Entretanto, situaré a algunos de nuestros hombres alrededor del Continental —me ordenó.

Abandoné el hotelito y puse en marcha mi automóvil.

Durante el camino no hice otra cosa que desmenuzar mentalmente las frases de consuelo que iban a prodigar a Cheryl.

Sin embargo, todo aquello habría de aplazarse.

Porque cuando llegué al hotel Dewar, Cheryl no estaba ya allí.

Me lo explicó el encargado de recepción.

—¿Miss Cheryl Smith? Lo siento, acaba de salir. Apenas hace diez minutos.

Mostré mi credencial al encargado.

—¿Sola? —pregunté.

—No. Un hombre preguntó por ella y me obligó a telefonarla a su habitación. Aseguró que era policía. La señorita Smith habló un momento con el individuo y le siguió a la calle. Eso es todo.

Le pedí que me describiera al supuesto policía.

Y lo hizo.

Un individuo muy alto, macizo. Calvo, sin cejas.

Di un respingo al escucharle.

Porque aquella de descripción coincidía punto por punto con la de un expresidiario llamado *Bronx* Peralta.

Ya no tenía ninguna duda de que Cheryl había caído en una trampa, en una peligrosa emboscada.

Volví al coche a toda prisa. Media hora después llegué a la División. Eran las diez y media de la noche.

* * *

La planta sub-uno del Continental Motor Inn Hotel estaba abarrotada de personas interesadas en el arte.

Repartidas por todas las salas, había grandes fotografías de Yuri Stephanov, cuyos tableros componían la exposición.

Una barbita recortada, una cabeza delgada, con grandes entradas en la frente, un aspecto vagamente intelectual, y unos ojos inteligentes brillando tras las gafas.

Todo el mundo sabía que Yuri Stephanov había huido recientemente del paraíso soviético, temeroso de ser recluido en un manicomio ruso. Al parecer, Stephanov había hecho ciertas declaraciones que disgustaban profundamente a los hombres del gobierno soviético.

Stephanov había obtenido asilo político en Inglaterra. Y ahora, decidido a dar a conocer su arte a América, realizaba una *tourneé* a través de Estados Unidos, comenzando por su principal metrópoli, Nueva York.

Eso decían los folletos-guía, al menos.

Al fin, Stephanov en persona apareció entre el público.

Una docena de jóvenes estudiantes le rodeó inmediatamente, ofreciéndole sus blocs de autógrafos.

Stephanov asintió, sonriente. Era un personaje simpático a las gentes por el simple hecho de haber «escogido la libertad».

Hacia las once de la noche, Stephanov había vendido una docena de sus telas y parecía evidentemente muy satisfecho.

Fue entonces cuando un botones del hotel se aproximó a él y le habló algo al oído.

El pintor murmuró unas palabras de disculpa y dejó todo en manos del experto que atendía las ventas.

Todos le vieron tomar el ascensor en el vestíbulo. El aparato le trasladó a la planta doce, Yuri anduvo a lo largo del pasillo sin prisas y penetró en la habitación H.

Los ojos de Stephanov destellaron al descubrir a la bellísima mujer sentada lánguidamente sobre el sofá.

Bastaba ver la expresión de Stephanov para comprobar que deseaba ardientemente a la mujer.

Sin embargo, él estaba habituado a vencer sus naturales impulsos. Primero debía realizar su misión, luego...

—Buenas noches, querido Yuri. Como ves, he cumplido con mi palabra. Pero he preferido verte aquí, a solas —dijo la mujer, inclinándose levemente.

No era un simple gesto de cortesía. Con aquella inclinación, ella mostraba generosamente su maravilloso busto a través de un escote en «V», altamente revelador.

—¿Lo conseguiste? —preguntó él, con ansiedad.

—¿Tienes el dinero? —contestó ella a la defensiva.

Stephanov sé de caer sobre el diván. Sus ojos se clavaron en el sugestivo escote de la mujer.

—Lo he tenido siempre. Por eso alquilé esta *suite*. Dispone de una caja seguridad, empotrada. Tendrás tu dinero en buenos billetes americanos, Katherine. Pero...

—Lo sé, lo sé... Quieres el microfilme —le atajó ella, acariciándole suavemente—. Yo también deseo terminar todo esto, Yuri. Entonces, tú y yo...

—¿Dónde está, lo tienes aquí?

Ella denegó con leve burla.

—No. Pero alguien lo traerá dentro de unos minutos. Puedo jurarlo.

—¿Quién?

—McGill...

Un gesto de desaliento empañó los brillantes ojos de Stephanov.

—¡Ese policía americano! —se lamentó—. No lograrás nada. Son incorruptibles, estúpidamente insobornables.

Ella le miró un momento. Y le besó fugazmente en los labios.

—Ignoras una cosa, querido Yuri. Todos los hombres tienen un precio. Incluso un G-Man como Mark McGill. Te lo demostraré.

Yuri la vio ponerse en pie y empujar la puerta de la alcoba inmediata.

—Sácala, Bronx —ordenó.

Un tipo repugnante, pero de formidable estatura, muy fuerte y macizo, apareció en la puerta.

Llevaba en sus brazos el cuerpo desvanecido de una jovencita, cuyos músculos se balanceaban, inertes, al compás de sus movimientos.

—¿Quién es? —preguntó Yuri, poniéndose en pie de un salto.

Se le veía profundamente disgustado, violento.

—No tienes nada que perder. Es un fiel servidor.

—No me refería a él, sino a la muchacha —gruñó Stephanov.

—Se llama Cheryl Smith. Una jovencita muy bella, aunque extraordinariamente crédula. ¡Ella será el precio para Mark McGill!

La cólera puso un tinte rojizo en las pálidas mejillas del ruso...

—¿Estás loca? Si esos policías penetraran en esta habitación... ¡sería mi

ruina! ¿Cómo has podido ser tan insensata, Katherine?
exclamó, tomándola por los hombros.

Bronx Peralta dejó el cuerpo de Cheryl sobre el diván y avanzó amenazadoramente.

—Suéltame, querido. Tranquilízate. No vendrán los policías. O, mejor, sí. Pero solo uno. Y traerá el microfilm. Sé que no lo ha entregado a sus jefes. Me lo entregará a cambio de esa chica...

—Pero... pero, ¿no comprendes? En cuanto hayan sacado de aquí a esa joven, los policías rodearán el hotel. ¡Eres una ilusa! ¿Acaso esperas que todo ocurra como en un cuento de hadas? Créelo, esos americanos no nos dejarán escapar.

Los ojos de la mujer a la que Yuri había llamado Katherine, eran ahora verdes. Y fosforescían como los de una gata.

—Eres demasiado ingenuo, Yuri. ¿Cómo podías suponer que iba a olvidar tomar mis precauciones? Nadie me ha visto entrar, a pesar de que el vestíbulo debe estar atestado de papanatas que pretenden admirar unas pinturas que jamás pudiste pintar, Yuri.

—¿Entraste por la puerta de servicio? —preguntó Yuri, esperanzado.
Pero ella denegó burlonamente.

—Nada de eso, querido. *Bronx* Peralta es una joya. Lo mismo puede partir en dos a un hombre, que pilotar un avión o... un helicóptero.

—Ya veo... —murmuró el ruso, mirando con respeto al imponente *Bronx*—. ¿Hay un helicóptero arriba, en la terraza superior, no es eso?

Ya iba a responderle la mujer, cuando el teléfono repiqueteó sobre la mesita de ébano.

Stephanov fue a cogerlo, pero la mujer se adelantó velozmente.

—Habitación del señor Stephanov. Dígame.

A pesar de estar muy cerca de ella, Yuri no pudo oír la otra voz.

—Planta doce, habitación H —estaba diciendo la mujer—. Sí... Estaré esperando...

—¿Qué...? —murmuró vehementemente el ruso.

Una sonrisa victoriosa distendía los labios de la esplendorosa Katherine.

—Está de acuerdo. Va a subir.

CAPITULO XV

Una cólera fría, dominada por la razón, bullía en mi pecho.

El ascensor subía demasiado despacio en relación con mis deseos. Al fin se detuvo en la planta doce.

Pensaba en Cynthia. Aquella criatura de rostro celestial y mente perversa había tenido la desfachatez de telefonear a la oficina del FBI.

Antes lo había hecho a mi apartamento, inútilmente. Decidida a conseguir lo que buscaba, había desafiado a la Oficina Federal.

Anduve a largos pasos hasta detenerme ante la puerta marcada con la letra «H». Pulsé el timbre y empujé la puerta impaciente.

Sé que mis sienes latían locamente cuando la puerta se abrió y apareció Cynthia, radiante de belleza.

El color de sus ojos había cambiado. Y también la coloración de sus cabellos, que eran ahora ceniciento azulados.

Cualquier mujer adinerada puede hacerlo. Basta poseer una colección de lentillas de diferentes colores y otra colección de pelucas. Un sabio maquillaje puede hacer lo demás.

—Adelante, Mark, querido —dijo con voz dulzona, en la que vibraba la ironía.

La hubiera estrangulado de buena gana. Pero en la lujosa *suite* del Continental había otros dos hombres.

Y cada uno de ellos empuñaba una pistola. Vi sus gestos tensos, expectantes...

Entré.

También Cynthia tenía una pistola en la mano. Era un arma extraña, de culata abultada y largo y frío cañón.

Comprendí. Era una pistola lanza-arpones. Con ella había matado Cynthia a George Lennis, cuando aquel se disponía a descubrirla, a confesar.

—Regístrale, *Bronx* —ordenó Cynthia, sin abandonar su fría sonrisa.

La proximidad de aquel bestia me repugnó. Pero sus manos eran muy hábiles cacheándome.

—No lleva armas —murmuró Peralta.

—No son necesarias —dije con la mayor lentitud y claridad posible—. El edificio está rodeado por más de cincuenta policías. Las calles que concurren a este lugar están controladas. Ninguno de ustedes podrá escapar.

Vi cómo se distendían las facciones de Yuri Stephanov en un gesto de alarma.

—¿Oíste? —clamó mirando a Cynthia—. ¡Me has mentido, maldita farsante...!

—No seas estúpido, querido. Es posible que McGill haya cometido la imprudencia de contar lo que sabe. Pero nunca podrán cogernos. Haz lo que debes, Bronx.

Peralta me pilló desprevenido. Antes de que hubiera podido alzar las manos para defenderme, uno de sus puños me alcanzó en la cabeza.

Salí despedido como impulsado por una catapulta y quedé inmóvil.

Podía ganar tiempo, si me fingía desvanecido.

Pero Bronx se inclinó sobre mí, me alzó con una sola mano y descargó un puñetazo formidable sobre mi mentón.

Caí como un pelele al suelo. Me sentía morir. Pero hice un esfuerzo desesperado por conservar mi lucidez.

Las voces llegaron muy lejanas hasta mí, después de que las manos de Bronx me hubieron registrado a conciencia.

—¡Dámelo! —exigió Stephanov, vibrante de ansiedad.

—Después, cuando me hayas entregado el dinero, querido —respondió Cynthia, con frialdad de hielo.

—No es posible. Debo asegurarme de que lo que me entregas es auténtico —insistió el ruso.

Hubo un silencio. Cynthia estaba meditando.

—Está bien —condescendió—. Puedes examinarlo.

Aspiré profundamente, tratando de vencer mi seminconsciencia.

De pronto, Stephanov prorrumpió en exclamaciones violentísimas. Debía hablar en ruso, porque no pude entender una palabra.

—¡Estúpida! —gruñó al fin en buen inglés—. ¡Te han engañado!

—¿Estás loco, Yuri?

—¡Compruébalo por ti, misma! —gritó Stephanov exasperado. ¡La cápsula está... vacía...!

Un grito bronco, de rabia indescriptible, brotó del pecho de Cynthia, al comprobar que lo que el ruso estaba diciendo era cierto.

Imaginé que estaban mirándome con ansia homicida.

Pero de repente, tan voluble como siempre, el tono de Cynthia, a la que Stephanov llamaba Katherine, cambió.

—No importa, querido Yuri. ¡Porque tú vas a entregarme el dinero!

Escuché el roce de unos zapatos sobre la alfombra. Stephanov

retrocedía.

—Debes estar loca para suponer tal cosa. Puedes matarme si lo quieres, Katherine. Pero nunca te entregaré el dinero.

Sonó una carcajada sardónica. Era Cynthia la que reía.

—¡Infeliz! Tú mismo te has descubierto. El microfilme me importa poco. Pero sí el dinero. Y ahora sé dónde está. ¡Busca, Bronx, hay una caja fuerte empotrada en alguno de estos muros! Tú sabes abrir cualquier caja, ¿no es cierto? ¡Vamos! ¿Qué esperas?

—¡No! —gritó Stephanov, desesperado—. Si pierdo el dinero, me matarán...

—No será necesario. Yo misma puedo cumplir ese requisito, querido Yuri...

Escuché aquel «flap» que ya había oído otras veces. Cynthia acababa de disparar contra el ruso con su pistola lanza-arpones.

Hubo un gorgoteo siniestro. Luego el baque de un cuerpo al caer sobre la alfombra.

Quise abrir los ojos. Y lo conseguí con un esfuerzo de voluntad.

En el diván, Cheryl, mi pequeña e inocente Cheryl, estaba rehuyéndose.

Un sudor frío perló mis sienes. Más allá, Peralta había descubierto una caja fuerte oculta tras una de las falsas telas de Stephanov, cuya sangre manchaba la alfombra en una gran extensión.

Me desesperé.

Si Cynthia o Bronx, atraídos por la caja, descubrían a Cheryl lúcida, la matarían para quitarse un estorbo de encima.

Bronx había metido una llave en la cerradura de la caja y maniobraba con un estetoscopio supersensible sobre la tapa, mientras hacía girar el rodillo de la combinación.

¡Dios misericordioso, si pudiera moverme...!

Quise incorporarme y un caos doloroso se desató en mi cabeza. Comprendí que ni siquiera lograría ponerme en pie.

Cheryl abrió los ojos en ese instante. Por un momento, su expresión fue de absoluta confusión.

Luego sus pupilas se fijaron en mí. Y sus ojos se desorbitaron. Por fortuna, debió descubrir el cadáver de Stephanov y también al hombre y la mujer que maniobraban en la caja.

El pánico brillaba en sus ojos. Pero el instinto de conservación la obligó a cerrar los ojos y fingirse inerte.

Una exclamación de asombro me obligó a abrir los ojos por completo. ¡La caja estaba abierta y Cynthia sacaba los gruesos fajos a manotazos, dominada por la codicia...!

Una maleta fue llenada hasta los bordes con el dinero que Stephanov destinaba a financiar un secreto importante para su país.

Entorné los párpados cuando Cynthia se volvió hacia mí y me miró con fijeza. Sus ojos se desviaron luego hasta el cuerpo de Cheryl.

—Mátalos —ordenó fríamente a Peralta.

El portorriqueño sacó una navaja barbera y se inclinó sobre mí. Mis músculos se envararon, mi respirador se detuvo.

Entonces sonaron aquellos golpes bruscos sobre la puerta y comprendí que míster Alciom había decidido pasar a la acción.

Hubo un segundo de indecisión. También había miedo en los ojos de Cynthia Vernon, que llevaba la maleta.

—¡Olvidalo, es demasiado tarde! —murmuró. Y abrió de un empujón la puerta de la terraza. Tan violento fue su impulso, que la pistola lanza-arpones chocó contra el cristal y cayó de sus dedos.

Por su parte, Bronx se conformó con largarme una patada en la cabeza y correr en pos de la mujer.

Tan aturdido estaba que mis piernas se doblaron antes de conseguir la posición vertical, me lancé hacia la cristalera dando un grito.

Cheryl abrió los ojos y me miró. Jamás he visto un gesto de alegría más intenso y enternecedor.

—¡Quédate ahí, por el amor de Dios! —murmuré. Y salí a la terraza.

Sólo alcancé a ver las piernas del portorriqueño alcanzando ya la terraza superior.

Mi cabeza semejaba un volcán. Ni siquiera podía elaborar ideas sensatas.

Pero una cosa era inconfundible. Si trataban de huir por la terraza, la explicación estaba en el aire. Es decir, un helicóptero.

Alcancé la escalera de urgencia y subí pesadamente peldaños arriba.

Dos veces resbalaron mis pies sobre los barrotes metálicos. Y otras tantas estuve a punto de precipitarme al suelo desde una altura tan considerable que hubiera sentido vértigo con solo mirar abajo, a la calle.

Aún me quedaban unos metros para llegar arriba, cuando escuché el zumbido de un motor.

La desesperación debió darme fuerzas para llegar arriba, remontar la balastrada protectora y correr hacia el helicóptero que comenzaba ya a elevarse sobre el piso de cemento.

¿Cómo logré hacerlo?

Ni siquiera puedo recordarlo.

Pero mis manos se agarraron fuertemente al tren de aterrizaje. El helicóptero aceleró con estrépito y se elevó en el negro firmamento.

CAPITULO XVI

El aire desplazado por las hélices del aparato me despejó un tanto.

Yo dirigía mi extraviada mirada a lo alto a la carlinga del helicóptero.

Tenía conciencia de que si miraba el pavoroso abismo punteado de luces que se abría a mis pies el miedo, el horror, agotarían mis pocas fuerzas.

Y tal evento significaba la muerte.

A cuatrocientos metros sobre la ciudad de Nueva York, noté de pronto que el helicóptero se elevaba con esfuerzo.

Y comprendí la razón. El aparato era un vehículo aéreo biplaza. Mis ochenta kilos suponían un lastre considerable.

¿Cuánto tiempo iban a resistir mis brazos?

Tensé los músculos, elevé las piernas.

Un suspiro de satisfacción fue expelido por mis pulmones cuando mis tobillos descansaron sobre el tren de aterrizaje. Un momento después contraía los músculos abdominales y lograba situarme en una posición que se me antojó cómoda.

El helicóptero petardeaba pesadamente. Vi acercarse las torres puntiagudas de dos rascacielos y alejarse finalmente como guardianes de la noche.

El helicóptero se dirigía hacia la costa, sensiblemente.

Luego las luces de la ciudad desaparecieron y solo quedaron algunos puntos luminosos, aislados.

De pronto, el aparato comenzó a bandear de forma alarmante. Una de mis piernas quedó en el aire.

Sofoqué un grito de alarma... ¿Estaba cayendo el helicóptero?

—No. Sólo estaba balanceándose peligrosamente..., para mí.

Comprendí.

Cynthia y su acompañante habían terminado sospechando que llevaban un polizón a bordo, vista la incapacidad del aparato para ascender más allá de los quinientos metros.

Y ahora trataban limpiamente de arrojarme al vacío con aquellos

bruscos vaivenes.

Un momento después volábamos sobre la superficie de plata del océano.

Sin duda, habían decidido que mí caída en el mar sería más discreta, menos escandalosa.

El balanceo me mareaba, mis músculos estaban fatigados, al borde de su resistencia.

¿Qué podía hacer?

Sólo una cosa: Subir a la carlinga.

Tenía la pistola lanza-arpones en mi bolsillo. Si lograba llegar arriba, todo estaría solucionado... ¿O no?

Avancé temerosamente una mano hacia arriba. Mis dedos tocaron el reborde vierteaguas de la portezuela de plástico.

Sudaba terriblemente, a pesar de que el viento frío, huracanado, rozaba mis facciones.

Avancé un poco más, me escurrí bajo el tren de aterrizaje. El helicóptero se balanceó como consecuencia de mi impulso.

Tocaba la manecilla del cierre, cuando vi aparecer a la luz de los testigos luminosos del tablero de instrumentos el rostro abotargado, redondo y maligno de *Bronx* Peralta.

La portezuela se abrió de pronto. La había abierto Peralta, de una patada, con intención clara de arrojarme el abismo.

Mis dientes rechinaron de rabia.

Súbitamente, mi mano izquierda se aferró a una de sus piernas.

El portorriqueño gritó algo que el viento se llevó.

Pude ver fugazmente el rostro contraído de Cynthia, aquella Cynthia por la que había estado, a punto de poner una mano sobre el fuego.

—¡Mátale! —su grito sobresaltó por encima del zumbido del aire, por encima del petardeo del motor.

Peralta se asió con una mano al asiento del piloto y avanzó una pierna.

Su pie derecho, calzado con zapatos de puntera cuadrada, se abatió una y otra vez sobre mi mano.

El dolor me obligó a gritar.

Mi grito debió ser como el último alarido de un condenado a muerte.

Pero mi mano, aquella mano ensangrentada, ya no dependía de mi voluntad.

Estaba agarrotada a la pierna del portorriqueño y sólo cortándola hubiera podido separarse de allí.

Entonces, Bronx golpeó mis dedos sobre el reborde de duraluminio del vierte-aguas.

Y la mano se soltó.

Uno de mis pies se apoyó por misericordia divina en el tren de

aterrizaje.

Y mis dedos magullados buscaron el bolsillo de la chaqueta, allá donde descansaba la pistola, lanza-arpones.

Trencé las piernas sobre el soporte del tren de aterrizaje y elevé el brazo.

Bronx, contraído su redondo rostro en una mueca satánica, continuaba aplastando mi mano adherida a su tobillo. Y el helicóptero bandeaba bruscamente, a baja altura, sobre las negras aguas del Atlántico.

Elevé la pistola con lentitud, casi recreándome.

Bronx se quedó inmóvil cuando divisó el brillo metálico del arma al resplandor de la luminosidad verdosa que brotaba del panel.

Apreté, el gatillo.

El arpón de acero zumbó en su medio metro escaso de recorrido y se clavó en el ojo derecho de Bronx Peralta.

Bien sabe Dios que estuve a punto de morir entonces.

Porque de repente el cuerpo sin vida del portorriqueño se venció hacia mí. Y una de mis manos estaba férreamente asida a su tobillo.

Sé que grité espeluznantemente cuando su corpachón me empujó violentamente y desapareció en el negra abismo.

Mis piernas atenazadas sobre el soporte metálica me salvaron. Quedé cabeza abajo moviéndome como un péndulo.

Y el helicóptero descendía en picado sobre el mar embravecido.

Mi sangre manchó el cristal mientras la portezuela golpeaba
rítmicamente sobre el fuselaje del aparato.

Me arqueó precariamente, elevé una mano. Mis dedos apenas podían apretar el tubo de hierro.

Me icé despacio, dificultosamente. Y luego, de un envite, quedé derrumbado sobre el asiento del piloto.

Durante los primeros segundos no hice otra cosa que respirar. Aspirar oxígeno para recuperar fuerzas, para disminuir los latidos alocados de mi corazón.

Un grito de Cynthia me puso sobre aviso. Volábamos en oblicua trayectoria a unos quince metros sobre las olas.

Agarré el timón con profundidad y tiré hacia abajo. El helicóptero ronroneó con fuerza y se elevó.

Miré de reojo a Cynthia.

Me observaba, muerta de miedo, pero en tensa actitud, apretando la negra maleta contra su pecho.

Sentí miedo. Miedo de ella. Y misericordia. Y odio.

Todo en extraña y confusa mescolanza.

El helicóptero volaba ahora sin lastre, con desahogo.

Torcí el timón de dirección y el aparato describió una curva de ciento ochenta grados sobre el océano.

Ahora tendría que navegar a la estima, guiándome solamente por las lejanas luces de la costa.

Ella me observaba sin perder de vista uno de mis movimientos. Era como una pantera acorralada, que aguarda el momento de saltar sobre su víctima para destrozar arterias y músculos de una certera dentellada.

Me descuidé unos segundos, mientras trataba de localizar las luces de Long Beach.

De repente, Cynthia dio un grito y se abalanzó sobre mí.

La llave inglesa que empuñaba apenas rozó mi cráneo. Pero el ardiente refregón arrancó un alarido de dolor de mis labios.

Solté el timón y traté de dominarla. Pero, ¿quién puede dominar a una bestia rabiosa, con las manos cruelmente lastimadas?

Su mano izquierda avanzó fulgurantemente, como una zarpa, e hirió mis ojos.

—¡Quieta! —grité—. ¿No te das cuenta de que el helicóptero caerá al mar si seguimos luchando?

Me miró con una furia fría, helada.

—No, si logro antes arrojarte al mar —silbó.

Y la llave inglesa se abatió de nuevo sobre mi cabeza.

De un manotazo, agarré la llave y la arrojé al vacío.

Cynthia pareció enloquecer entonces.

Antes de que hubiera podido prevenirlo, saltó sobre mí y me empujó fuera del asiento.

Ahora podía comprenderlo bien. Ella me había estado observando, había tomado nota de mis movimientos manejando el helicóptero y... ¡creía que ella misma iba a poder llevarlo a lugar seguro!

Mi cabeza, mis hombros, colgaban fuera del aparato y el viento desordenaba violentamente mis cabellos.

Su rostro, convertido en la máscara del asesinato, estaba inclinado sobre mí.

Nunca he visto una expresión más espantosa.

Sus músculos faciales, contraídos en salvaje tensión, convertían su cara hermosa en rictus de fealdad increíble.

El mal estaba en ella, en su corazón.

Entonces mis pies atenazaron su cintura. Y mis manos apresaron su frente.

Apreté desesperadamente.

Oí un ronco estertor que jamás podré olvidar.

Luego, su cuerpo, aquel cuerpo adorable, se deslizó sobre mi pecho y se perdió en el abismo.

Un sollozo desgarrador salió de mis labios. Y la desesperación se apoderó de mí por unos instantes.

Había matado, con mis manos, a la mujer que amé un día.

Luego escuché el ronroneo monocorde del helicóptero. Y observé el balanceo del aparato, que escoraba peligrosamente hacia la izquierda.

Sólo mis pies habían quedado enganchados sobre el asiento del piloto. Y elevarme hacia arriba me costó un esfuerzo insufrible.

Cerca, muy cerca, estaban las luces de la playa de Long Beach.

Enderecé el rumbo y cerré la portezuela de un golpe.

Mi cuerpo se rebelaba a hacer el menor esfuerzo, a realizar el menor movimiento.

Corté gas cuando divisé la espuma de Long Beach.

El helicóptero descendió, balanceándose, sobre la arena.

Corté el encendido y me incliné sobre el timón. Un momento después roncaba estrepitosamente, ajeno a las ráfagas de viento huracanado que estremecían la estructura del aparato.

CAPITULO XVII

Nunca conseguimos saber de dónde había salido Cynthia Vernon. Su lugar de nacimiento, sus familiares...

Por lo demás, el océano fue clemente con ella y jamás devolvió sus restos.

Por otra parte, nadie podría asegurar si se llamaba Cynthia. Había usado tantos nombres... Katherine, Carola, Cynthia... ¿Cuál era el auténtico?

La policía federal se tomó un interés exagerado en aquel asunto.

Fueron consultados los registros de Inmigración, los de la ciudad de Nueva York, los del estado de Oregón y todos los archivos policíacos.

Cynthia llegó a mí vida fugazmente. Y fugazmente desapareció.

Míster Alciom apuntó muy bien que podía haberse tratado de una espía soviética, de una bien preparada agente, que había llegado a Estados Unidos subrepticamente.

Basaba su hipótesis en el hecho de que Cynthia se había relacionado con un agente ruso, Yuri Stephanov, arropado bajo una falsa máscara de artista.

Pero la opinión de mí jefe era solo eso: una opinión.

En cuanto a mí, preferí borrar de mí memoria aquel negro pasaje de mi vida, ligado estrechamente a mi profesión de G-Man.

Sé que no lo he conseguido por completo.

Por fortuna, tengo a Cheryl.

Cheryl está aquí, a mi lado, viendo cómo mis dedos se mueven veloces sobre el teclado de la máquina, al compás de los recuerdos.

Es la misma muchacha ingenua, un poco aniñada, que un día me salvó la vida.

Sonríe suavemente, se acerca a mí y susurra, rozando sus labios en mi oído:

—Vamos, Mark. Descansa. Estoy impaciente. Es muy tarde. Ha llegado la madrugada. Es hora de que termines, ¿verdad que vas a dejarlo?

La apreté contra mí. La estrujé entre mis brazos.

Y estuve de acuerdo en que había llegado el momento de escribir solo una palabra más. Esta:

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCION»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España